
La
BODA
que
nunca
OCURRIÓ
Una conmovedora historia de amor
sobre un amor perdido,
secretos y una segunda oportunidad.
Te amo.
Hoy, mañana,
y por siempre.

LA BODA QUE NUNCA OCURRIÓ

Una conmovedora historia de amor sobre un amor perdido, secretos y una segunda oportunidad.

Ava Sinclair

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo 1
El día que nunca terminó
Capítulo 2
Los fantasmas del pasado
Capítulo 3
Entre la cercanía y el silencio
Capítulo 4
Grietas en el hielo
Capítulo 5
La verdad entre líneas
Capítulo 6
Sombras sobre el ayer
Capítulo 7
La mañana de la boda
Capítulo 8
¿Qué sucedió después de la desaparición?
Capítulo 9
El peso de los años perdidos
Capítulo 10

Toda la verdad
Capítulo 11
¿Demasiado tarde para nosotros?
Capítulo 12
La pausa
Capítulo 13
El camino de regreso
Capítulo 14
Segunda oportunidad
Capítulo 15
La boda que sí tuvo lugar
acción de gracias

CAPÍTULO 1

El día que nunca terminó

La lluvia caía en finos velos sobre los tejados de Múnich mientras Sophie Hartmann permanecía junto a la ventana de su antiguo apartamento, con una humeante taza de café entre las manos. El sonido de las gotas en el alféizar se mezclaba con el murmullo lejano de la ciudad que despertaba lentamente. Era una mañana cualquiera, y sin embargo, se sentía más pesada que de costumbre. El calendario en la pared de su cocina marcaba el 17 de junio. Habían pasado diez años desde que aquel día dividió su vida en dos: un antes y un después. Diez años desde que, vestida de blanco, se plantó ante un altar, esperando la llegada del hombre que amaba. Diez años desde que Leon Berger desapareció sin dejar rastro.

Sophie apartó la mirada de la ventana y se obligó a alejar los recuerdos. Había aprendido a vivir con ellos. No a vencerlos, no a olvidarlos, sino a guardarlos en lo más profundo de su ser. Algunas heridas nunca sanaban del todo. Simplemente se convertían en parte de la persona. Mientras cogía su bolso y salía del apartamento, se preguntó, como cada año, si se le había escapado algo entonces. Una pista. Una señal. Una verdad. Pero después de diez años, esa pregunta ya no le daba respuesta, solo el mismo vacío de siempre.

Mientras caminaba por las calles, nadie sospechaba que alguna vez había sido una mujer cuya boda nunca se celebró. Nadie veía la historia tras su serena sonrisa. En los últimos años, había construido

una nueva vida. Había alcanzado el éxito, hecho amigos, viajado, reído e incluso intentado enamorarse de nuevo. Pero ninguna relación había durado. Algo en su interior permanecía inalcanzable, como si su corazón hubiera cerrado con llave una habitación cuya llave se había perdido hacía diez años.

Su lugar de trabajo estaba en el centro de la ciudad. La agencia para la que trabajaba organizaba eventos exclusivos y bodas. A muchos les resultaba extraño que ella, precisamente ella, organizara bodas. La propia Sophie había dudado al principio. Pero finalmente, se dio cuenta de que no quería odiar el amor solo porque ella misma había sufrido. Cuando vio a dos personas intercambiar sus votos llenos de esperanza, recordó que su propia historia no era la única verdad sobre el amor.

Esa mañana la oficina bullía de actividad. Los empleados hablaban por teléfono, los clientes enviaban solicitudes de cambios de última hora y los borradores de los próximos eventos estaban esparcidos por todas partes. Clara, compañera de Sophie, se acercó a ella con una pila de documentos. "¿Lista para Salzburgo?", preguntó con una sonrisa. Sophie asintió. "Tan lista como se puede estar un martes". Clara se rió. "Va a ser un fin de semana importante. El nuevo inversor del hotel también estará aquí esta noche. Por lo visto, es alguien importante". Sophie se encogió de hombros. Los inversores no le interesaban mucho. Solo quería terminar su trabajo y luego volver a Múnich.

El viaje a Salzburgo duró varias horas. Mientras el paisaje desfilaba ante sus ojos, Sophie se perdió en sus pensamientos. Las verdes colinas, los pequeños pueblos y las montañas en el horizonte le recordaban veranos pasados. Muchos de sus recuerdos más entrañables estaban ligados a León. Le había costado años poder mirar fotos sin llorar. Le había costado aún más tiempo poder pronunciar su nombre sin que se le quebrara la voz. Hoy el recuerdo dolía menos, pero nunca se había desvanecido del todo.

Cuando llegaron al hotel esa tarde, Sophie quedó inmediatamente cautivada por la belleza del lugar. El edificio histórico se alzaba sobre

la ciudad y ofrecía una vista impresionante de Salzburgo. Las fachadas doradas del casco antiguo brillaban con la luz del atardecer, y las agujas de las iglesias se elevaban hacia el cielo como testigos de siglos pasados. Por un instante, se olvidó del aniversario. Se olvidó del pasado. Se olvidó de todo excepto del trabajo que tenía por delante.

Las siguientes horas transcurrieron entre reuniones, revisiones y preparativos. Sophie inspeccionó los arreglos florales, habló con el equipo de catering y coordinó los últimos detalles de la boda. Ya era de noche cuando por fin encontró un momento para sí misma. Salió a la terraza del hotel y respiró hondo. El aire era fresco y las luces de la ciudad comenzaron a brillar bajo ella.

"Disculpe."

La voz grave de un hombre a sus espaldas la hizo estremecerse.

Ella se dio la vuelta.

Y el mundo se detuvo.

Por un instante no oyó nada. Ni el viento. Ni la música del hotel. Ni el murmullo lejano de voces. Todo se desvaneció.

El hombre que tenía delante había envejecido. Su rostro estaba más definido, sus hombros más anchos. Unas pocas arrugas le rodeaban los ojos. Pero lo habría reconocido en cualquier parte.

León.

Su corazón se detuvo.

Ella lo miró fijamente.

Incapaz de hablar.

Incapaz de respirar.

No podía creer lo que veía.

Parecía tan conmocionado como ella. Abrió los ojos de par en par y palideció. Sophie dijo finalmente en voz baja.

Era la primera vez en diez años que oía su voz.

Algo dentro de ella se rompió.

Algo más despertó.

Las emociones la golpearon con una fuerza que jamás creyó posible. Dolor. Ira. Anhelo. Incredulidad. Amor. Odio. Alivio. Desesperación. Todo a la vez.

—No —susurró ella.

León dio un paso hacia ella.

Sophie retrocedió inmediatamente.

"Por favor", dijo.

"No."

Su voz se hizo más fuerte.

"No eres real."

“Sophie”

"¡No eres real!"

Las palabras resonaron en la terraza.

León se detuvo.

Había una expresión en sus ojos que ella no podía interpretar. Culpa. Arrepentimiento. Tristeza.

Durante diez años había imaginado qué le diría si volvía a encontrarse con él. En algunas fantasías, le gritaba. En otras, lo ignoraba. A veces imaginaba darle un puñetazo en la cara. Pero ahora que él estaba frente a ella, su mente estaba en blanco.

Has desaparecido consiguió decir finalmente.

No respondió.

"Diez años."

Sin respuesta.

"Diez años, Leon."

Bajó la mirada.

Y de repente, la serenidad que Sophie había cultivado con tanto esfuerzo se desvaneció.

"¿Sabes lo que me hiciste?"

Su voz temblaba.

¿Sabes cuántas noches pasé despierta? ¿Cuántas veces pensé que estabas muerta? ¿Cuántas veces deseé al menos saber por qué?

León cerró los ojos.

"Lo sé."

"No."

Una lágrima rodó por su mejilla.

"No sabes absolutamente nada."

Parecía como si sus palabras le afectaran físicamente.

Por un momento, nadie dijo nada.

Cayó la noche sobre Salzburgo.

Debajo de ellos, la ciudad brillaba como un mar de estrellas.

Lo siento dijo finalmente León.

Sophie rió amargamente.

"¿Eso es todo?"

"No."

"Entonces explícamelo."

Permaneció en silencio.

De nuevo.

Igual que entonces.

El silencio la afectó más que cualquier respuesta.

Por supuesto dijo finalmente.

"Por supuesto que no puedes explicarlo."

Se dio la vuelta y se marchó.

León la llamó por su nombre.

Pero ella no se detuvo.

Con cada paso, sentía cómo su corazón latía con fuerza contra sus costillas.

Llegó al vestíbulo, tomó el ascensor hasta su piso y cerró la puerta de su habitación de hotel tras de sí.

Solo entonces se permitió llorar.

Se dejó caer sobre la cama.

Durante diez años había creído que el pasado había quedado atrás.

Pero ahora sabía lo equivocada que había estado.

Porque el hombre al que nunca había olvidado había regresado.

Y las preguntas que quería enterrar cobraron de repente más vida que nunca.

Afuera, la lluvia comenzó a repiquetear de nuevo contra los cristales de las ventanas.

Sophie permanecía inmóvil en la penumbra de su habitación, rememorando la mañana de su boda.

A las flores blancas.

A los rostros expectantes.

A los minutos que se habían convertido en horas.

En el momento en que comprendió que León no iba a venir.

En ese momento, una parte de su corazón desapareció con él.

Hoy volvió a ver esa parte por primera vez.

Y no sabía si sentirse feliz o devastada.

Al caer la noche sobre Salzburgo, Sophie permanecía sentada sola, mirando hacia la oscuridad. En algún lugar del mismo hotel se encontraba Leon Berger. El hombre que una vez la había amado más que a nada en el mundo. El hombre que la había abandonado. El hombre que guardaba un secreto lo suficientemente grande como para destruir una boda y destrozar dos vidas durante diez años.

Y en el fondo, Sophie sospechaba que esto era solo el principio.

CAPÍTULO 2

Los fantasmas del pasado

Sophie apenas durmió esa noche. Se despertaba sobresaltada, en un sueño intranquilo, necesitando unos segundos para darse cuenta de que estaba en una habitación de hotel en Salzburgo, no en su apartamento de Múnich. Cada vez, volvía a la misma conclusión: Leon estaba allí. No como un recuerdo, no como un sueño, no como una sombra del pasado, sino como una persona real, de carne y hueso. El hombre cuya desaparición había cambiado su vida estaba a solo unos pisos de distancia. Alrededor de las tres de la mañana, dejó de intentar dormir. Se sentó junto a la ventana y contempló las luces de la ciudad. La fortaleza de Hohensalzburg se alzaba en la oscuridad sobre los tejados, y el río Salzach reflejaba la luz plateada de la luna. Una vez creyó que el tiempo podía curarlo todo. Ahora comprendía que el tiempo solo cubre algunas heridas hasta que algo sucede y reabre la vieja cicatriz.

A la mañana siguiente, su reflejo reflejaba agotamiento. Ojeras se cernían sobre sus ojos, y su mirada, normalmente serena, reflejaba una inquietud interior que no podía disimular. Aun así, se obligó a mantener la compostura. La boda que estaba organizando tenía que ser perfecta. Los sentimientos podían esperar. Al menos, eso se decía a sí misma. Al entrar en el vestíbulo, esperaba en secreto no encontrarse con León. Al mismo tiempo, sus ojos lo buscaban automáticamente. Esta contradicción la enfurecía. Después de todo

lo sucedido, debería odiarlo. En cambio, sentía una confusa mezcla de dolor y curiosidad.

La mañana transcurrió entre reuniones y preparativos finales. Varias veces Sophie creyó ver a León de reojo, pero siempre era otra persona. Hacia el mediodía, le pidieron que revisara algunos documentos contractuales con el inversor del hotel. A regañadientes, se dirigió a una sala de conferencias en el piso de arriba. Al abrir la puerta, se quedó paralizada. León estaba sentado a la mesa. Documentos y un portátil estaban frente a él. Por un instante, pareció tan sorprendido como ella. La tensión entre ellos era palpable.

¿Eres el inversor? preguntó Sophie, atónita.

León asintió lentamente.

Socio respondió.

La noticia la tomó por sorpresa. Mientras ella había dedicado todos esos años a reconstruir su vida, León, al parecer, había alcanzado el éxito. Darse cuenta de esto le resultó extraño. No porque le envidiara su éxito, sino porque de repente se preguntó cómo habría sido su vida durante los últimos diez años. ¿Dónde había estado? ¿Qué había vivido? ¿Había pensado alguna vez en ella?

La reunión fue incómoda. Ambos intentaron ser educados, pero cada respuesta sonaba forzada. En cuanto los demás participantes abandonaron la sala, se hizo un silencio sepulcral. Sophie recogió sus documentos a toda prisa. Quería marcharse. Pero antes de que llegara a la puerta, León habló.

"Por favor."

Solo esta palabra.

Permaneció de pie sin darse la vuelta.

He esperado diez años para obtener una explicación dijo con frialdad.

"Entonces te lo mereces."

Ella se giró lentamente para mirarlo.

"De acuerdo. Entonces, empieza."

León Schweig.

Una sonrisa amarga apareció en el rostro de Sophie.

"Eso es exactamente lo que pensé."

"Es complicado."

"No."

Su voz se volvió más aguda.

"No es complicado. Desapareciste el día de nuestra boda. O hay una razón o no la hay."

León se pasó la mano por el pelo.

Por primera vez, parecía inseguro.

"Hay una razón."

"¿Cuál?"

Silencio de nuevo.

La paciencia de Sophie se agotó.

¿Sabes qué? Olvídalo.

Ella salió de la habitación antes de que él pudiera responder.

Pasó el resto del día enfadada. No solo con León, sino también consigo misma. Porque aún quería respuestas. Porque una parte de ella había esperado que su explicación lo aclarara todo. Pero, en cambio, él había vuelto a guardar silencio. Igual que diez años atrás.

Esa noche se celebró una recepción para los invitados a la boda. La terraza del hotel estaba iluminada festivamente, sonaba música, los camareros servían champán y se veían rostros felices por todas partes. Sophie se movía con profesionalidad entre la multitud,

revisando detalles y hablando con los invitados. A pesar de ello, sentía constantemente la presencia de León. Sus miradas se cruzaron varias veces. En cada ocasión, ella apartó la vista de inmediato.

Más tarde, se retiró brevemente a un balcón para tomar aire fresco. El bullicio de la celebración se fue apagando. Abajo, Salzburgo resplandecía bajo la luz del atardecer. Cerró los ojos y respiró hondo.

"Sigues haciendo eso."

León se puso de repente a su lado.

Sophie puso los ojos en blanco.

"¿Qué?"

"Retírate cuando todo se vuelva demasiado."

El comentario la tomó por sorpresa.

Él lo recordaba.

Por supuesto que lo recordaba.

Pueden haber pasado diez años, pero algunas costumbres no se han olvidado.

"Ya no me reconoces", dijo.

"Tal vez no."

Su voz sonaba tranquila.

"Pero hubo un tiempo en que te conocí mejor que nadie."

Aquella frase le tocó la fibra sensible.

Ella quería contradecirlo.

Pero no pudo.

Porque en algún momento fue cierto.

León solía reconocer todos sus estados de ánimo. Sabía cuándo estaba triste incluso antes de que ella misma se diera cuenta.

Entendía lo que pensaba sin que tuviera que decir una palabra.

En ese tiempo.

Antes de otra vida.

¿Por qué has vuelto? preguntó finalmente.

León contempló la ciudad.

"Quizás nunca regresé del todo."

"Eso no tiene sentido."

"Lo sé."

Sophie se cruzó de brazos.

"¿De verdad esperas que confíe en ti?"

"No."

"Bien."

Él asintió lentamente.

"Eso sería pedir demasiado."

Su honestidad la sorprendió.

Ella ya esperaba excusas.

Justificaciones.

En cambio, León parecía saber exactamente hasta qué punto era profunda su desconfianza.

Permanecieron en silencio durante un rato.

El aire estaba fresco.

Una música tenue se escuchaba desde el salón de baile.

¿Estuviste casado? preguntó León de repente.

Sophie lo miró sorprendida.

"No."

Una expresión apenas visible cruzó fugazmente su rostro.

¿Alivio?

¿Tristeza?

Ella no pudo reconocerlo.

"¿Y tú?"

"No."

Eso la sorprendió aún más.

Un hombre como León podría haber formado una familia hace mucho tiempo.

Era atractivo, exitoso y, aparentemente, estaba solo.

¿Por qué?

La pregunta quedó sin formular.

¿Había alguien más? preguntó en voz baja.

Leon la miró.

Largo.

Demasiado largo.

"No."

Su respuesta llegó sin dudarlo.

Algo en su mirada la hizo creer que decía la verdad.

Por primera vez desde que se conocieron, surgió entre ellos un silencio diferente. Menos hostil. Menos severo.

Más peligroso.

Porque me trajo recuerdos.

Sophie pensó en las tardes de verano a orillas del río Isar.

Para compartir vacaciones.

La forma en que León solía mirarla.

Hubiera sido más fácil si ella lo hubiera odiado.

Pero el odio nunca había sido el problema.

Fue amor.

Siempre amor.

Debería volver a la fiesta, dijo finalmente.

León asintió.

"Sí."

Pero ninguno de los dos se movió.

Por un breve instante, simplemente se quedaron allí de pie mirándose el uno al otro.

Diez años los separaban.

Diez años llenos de preguntas.

Diez años de dolor.

Y sin embargo, aún había algo más.

Algo que nunca había desaparecido por completo.

Sophie se asustó al pensar en ello.

Ella inmediatamente dio un paso atrás.

"Buenas noches."

"Buenas noches, Sophie."

Ella se fue.

Pero su voz permaneció con ellos durante mucho tiempo.

Esa noche volvió a dormir mal.

Esta vez, sin embargo, no estaba despierta solo por el pasado.

Pero debido al presente.

Porque Leon ya no era solo un fantasma.

Era real.

Y con cada encuentro, quedaba más claro que la historia entre ellos aún no había terminado.

Mientras miraba fijamente al techo en la oscuridad, recuerdos que creía olvidados afloraron. Recordó el primer día que conoció a León. Había empezado sus estudios universitarios entonces. Él era un año mayor. Callado. Serio. Diferente a los demás. La mayoría necesitaba tiempo para conocerlo. Pero Sophie no. Algo la atrajo hacia él de inmediato. En pocos meses, se volvieron inseparables. En pocos años, no podía imaginar una vida sin él.

Quizás esa fue precisamente la razón por la que su desaparición la había devastado tanto.

No solo porque había perdido a su prometido.

Pero porque había perdido a la persona en la que más confiaba.

Justo antes de quedarse dormida, recordó algo que León solía decir a menudo.

Pase lo que pase, siempre encontraré la manera de volver a ti.

Ella se rió de eso en aquel entonces.

Hoy, el recuerdo me dolió como una puñalada en el corazón.

Porque, efectivamente, después de diez años había regresado.

Pero la pregunta crucial seguía sin respuesta.

¿Por qué se había marchado en primer lugar?

¿Y por qué seguía pareciendo imposible que dijera la verdad?

Con estos pensamientos, Sophie finalmente cayó en un sueño intranquilo, sin saber que la respuesta estaba más cerca de lo que creía, y que cambiaría todo lo que pensaba saber sobre su pasado compartido.

CAPÍTULO 3

Entre la cercanía y el silencio

La mañana amaneció con una niebla que se había posado sobre Salzburgo como un velo gris. Sophie se levantó temprano, aunque apenas había dormido. Desde su encuentro con León, cada hora se sentía como caminar sobre hielo fino. No podía pensar en otra cosa, por mucho que lo intentara. Mientras se preparaba para el día, intentó convencerse de que León era solo un capítulo de su pasado que había resurgido por casualidad. Pero en el fondo, sabía que no era cierto. Si realmente hubiera sido solo el pasado, su mera presencia no habría bastado para derribar diez años de muros cuidadosamente construidos. La verdad era incómoda. Una parte de su corazón nunca había dejado de esperar respuestas.

El día de la boda de sus clientes comenzó de forma frenética. El personal se apresuraba por los pasillos, se entregaban los arreglos florales, los músicos ensayaban sus piezas y en todas partes se respiraba una atmósfera de expectación. Sophie se volcó por completo en su trabajo. Cada tarea era una distracción bienvenida. Mientras estuviera ocupada, no tenía que pensar en que León también estaba en el hotel. Pero el destino parecía tener otros planes. Alrededor del mediodía, recibió una llamada de recepción. Había un problema con la entrega del pastel de bodas y debía resolverse de inmediato. Cuando llegó al almacén detrás del hotel, León ya estaba allí.

Por supuesto murmuró ella.

León levantó la vista.

"Supongo que tú también te alegras de verme."

A pesar de todo, Sophie casi sonrió.

Casi.

"Eso depende de si piensa dar respuestas hoy."

El rastro de humor desapareció instantáneamente de su rostro.

De nuevo, ese silencio.

La misma expresión otra vez.

Sophie ya había tenido suficiente.

"¿Por qué siempre pareces a punto de decir algo y luego cambias de opinión en el último minuto?"

León no respondió de inmediato.

"Porque algunas verdades duelen a la gente."

"¿Y de verdad crees que tu desaparición no habría tenido ese efecto?"

Las palabras dieron en el clavo.

Sophie lo vio en sus ojos.

Falla.

Culpa profunda y genuina.

Por primera vez, se preguntó si él estaría sufriendo por el pasado tanto como ella.

La idea la sorprendió.

Y al mismo tiempo, eso la enfureció.

No tenía derecho a sufrir.

No por lo que él le había hecho.

Por fin llegó el pastel a tiempo y ambos retomaron sus tareas. Pero aquel breve encuentro dejó una huella en Sophie. Empezó a notar cosas que antes no había visto: las ojeras de León, la forma en que su mirada a veces se perdía en la distancia, la tensión constante en sus movimientos. Era como si cargara con un peso que nunca se había aligerado.

La ceremonia nupcial comenzó por la tarde.

Los invitados tomaron asiento.

La música llenaba la sala.

La novia apareció del brazo de su padre.

Y de repente Sophie fue transportada de nuevo al pasado.

Por un instante, el presente se desdibujó.

Ella no vio a la novia que tenía delante.

Ella se vio a sí misma.

Diez años más joven.

Con un vestido blanco.

Lleno de esperanza.

Lleno de amor.

Recordaba cada detalle de aquella mañana.

Ante la sonrisa de su madre.

A la nerviosa excitación.

A las flores.

A la luz del sol.

Con la certeza de que había comenzado el día más hermoso de su vida.

Hasta que todo se rompió.

Una lágrima asomó a sus ojos.

Ella apartó la mirada rápidamente.

Nadie tenía permitido darse cuenta.

Al finalizar la ceremonia y mientras los novios abandonaban el salón entre aplausos, Sophie se retiró un instante al jardín. El aire se había vuelto cálido. Rosas florecían a lo largo de los senderos y una suave brisa mecía las hojas de los viejos árboles.

"Estás pensando en aquella época."

La voz de León a sus espaldas sonaba tranquila.

Sophie no se dio la vuelta.

"Deberías dejar de aparecerte todo el tiempo."

"Ni siquiera lo intento."

Eso la sorprendió.

Cuando ella se volvió hacia él, él pareció inusualmente abierto.

Casi vulnerable.

"¿Por qué?"

León la miró fijamente durante un largo rato.

"Porque estuve fuera de casa durante diez años."

Aquellas palabras la pillaron desprevenida.

"¿Y ahora?"

"Ahora estoy harto de esto."

Por un momento, Sophie no supo qué decir.

Nunca se le había ocurrido que León también pudiera estar huyendo de algo.

Para ella, él siempre había sido quien la había abandonado.

El que se había ido.

Pero de repente se preguntó si la historia era más complicada.

"Me debes la verdad."

"Lo sé."

"Entonces, finalmente, díselo."

León bajó la mirada.

"Todavía no puedo."

La decepción golpeó a Sophie como un jarro de agua fría.

"Entonces déjame en paz."

Ella se fue.

Esta vez no la siguió.

Esa noche tuvo lugar la gran recepción. La música llenaba el salón de baile. La gente reía, bailaba y celebraba. Sophie se movía entre los invitados, revisando los últimos detalles. Exteriormente, parecía tranquila. Interiormente, reinaba el caos.

Más tarde, observó a los novios durante su primer baile.

Los dos se miraron como si no existiera nadie más en el mundo.

León solía mirarla de la misma manera.

El recuerdo era doloroso.

"Se aman."

León se puso de repente a su lado.

Sophie suspiró.

"Realmente tienes talento para aparecer en el peor momento posible."

"Tal vez."

Juntos contemplaron la pista de baile.

¿Crees que el amor es suficiente? preguntó León de repente.

La pregunta la sorprendió.

"¿Para qué?"

"Para que dos personas puedan permanecer juntas."

Sophie pensó por un momento.

"En el pasado habría dicho que sí."

"¿Y hoy?"

Ella lo miró.

"Hoy sé que el amor por sí solo no es suficiente."

León asintió lentamente.

Como si hubiera esperado precisamente esa respuesta.

Permanecieron en silencio durante un rato.

Entonces Sophie dijo algo que la sorprendió incluso a ella misma.

"Te estaba buscando."

León se quedó paralizado.

"¿Qué?"

"Tras tu desaparición."

Su voz se fue apagando.

"Durante semanas."

El dolor en sus ojos fue inmediatamente visible.

“Sophie…”

"Llamé a los hospitales. A las comisarías. A tus amigos. A todo el mundo."

Cerró los ojos.

"Por favor, detente."

"No."

Por primera vez desde su reencuentro, toda su ira estalló.

"No tienes derecho a preguntarme eso."

Varios invitados la miraron brevemente.

Pero Sophie no se dio cuenta.

"¿Sabes qué fue lo peor?"

León permaneció en silencio.

"No es que te hayas ido."

Su voz temblaba.

"Pero nunca supe por qué."

Por primera vez, Leon pareció perder realmente la compostura.

Parecía como si estuviera luchando contra algo invisible.

"Lo lamento."

"Deja de decir eso."

"Pero lo siento."

"Eso no mejora nada."

"Lo sé."

Sophie sintió que las lágrimas le brotaban de los ojos.

Ella odiaba eso.

Odiaba sentirme vulnerable delante de él.

Odiaba que él todavía tuviera ese efecto sobre ella.

"Me habría casado contigo."

Las palabras se me escaparon.

El rostro de León palideció.

"Lo sé."

"Hubiera hecho cualquier cosa por ti."

Él asintió.

Lento.

Doloroso.

"Lo sé."

"Y sin embargo te fuiste."

León no respondió.

Su silencio fue respuesta suficiente.

Sophie se dio la vuelta y salió de la habitación.

Recorrió los pasillos del hotel hasta que finalmente llegó a la terraza de la azotea. La noche estaba despejada. Las estrellas brillaban sobre la ciudad.

Se apoyó en la barandilla e intentó respirar con calma de nuevo.

Unos minutos después oyó pasos.

Naturalmente.

León.

"Si has venido a disculparte de nuevo, puedes marcharte."

Dejó de estar de pie junto a ella.

"Vine porque tienes razón."

Sophie lo miró sorprendida.

"¿Con qué?"

"Con todo."

Su voz sonaba áspera.

"Te he decepcionado."

Por primera vez, no lo contradijo.

No puse excusas.

No ofreció ninguna explicación.

Él aceptó su enfado.

Su lesión.

Su dolor.

"Entonces, explícame por fin por qué."

León cerró los ojos.

Largo.

Como si estuviera luchando consigo mismo.

Como si estuviera a punto de hacerlo.

Sophie contuvo la respiración involuntariamente.

Quizás este era el momento.

Quizás por fin comprendería por qué su vida se había desmoronado diez años atrás.

Pero entonces León volvió a abrir los ojos.

Y dio un paso atrás.

"Aún no."

Su esperanza se vio destrozada una vez más.

"Increíble."

Ella rió amargamente.

"¿Sabes cuál es tu problema?"

León no dijo nada.

"Sigues creyendo que puedes decidir qué es lo que me está permitido saber."

Sus palabras le afectaron visiblemente.

Pero esta vez Sophie no se quedó.

Ella se fue.

Y lo dejó solo en la terraza.

Más tarde, permaneció despierta en su habitación, mirando al techo. Cuanto más tiempo pasaba con León, más confundida se sentía. El hombre que tenía delante no encajaba con la imagen que se había formado de él durante diez años. Había pensado que era cobarde, egoísta, quizás incluso despiadado. Pero nada de eso parecía aplicarse al León que ahora tenía frente a ella. En cambio, parecía alguien que llevaba años sufriendo por una decisión que jamás había querido tomar.

Esta constatación lo complicó todo.

Porque odiar era fácil.

Comprenderlo fue difícil.

Poco antes de la medianoche, se acercó a la ventana.

Más abajo, las luces de Salzburgo se reflejaban en las aguas del río Salzach.

León estaba por ahí en algún lugar.

Y aunque se resistió, sentía que se estaba acercando a la verdad.

Ella aún no los conocía.

Ella seguía sin entender nada.

Pero tras su silencio se escondía algo más que simple culpa.

Algo más grande.

Algo más oscuro.

Algo lo suficientemente poderoso como para hacer desaparecer a un hombre el día de su boda.

Y por primera vez, Sophie no solo se preguntó por qué León se había marchado.

Pero también aquello de lo que había huido en aquel entonces.

CAPÍTULO 4

Grietas en el hielo

La mañana después de la boda, un extraño silencio reinaba en el hotel. La mayoría de los huéspedes aún dormían, e incluso los pasillos, normalmente bulliciosos, parecían desiertos. Sophie estaba sentada sola en el comedor, junto a la ventana, observando los primeros rayos de sol asomarse por los tejados de Salzburgo. Había decidido evitar a León. Los últimos días habían reabierto más viejas heridas de las que quería admitir. Pero cuanto más intentaba no pensar en él, más a menudo su rostro aparecía en su mente. Su mirada en la terraza de la azotea, en particular, la atormentaba. No lograba identificar esa expresión de dolor. Habría sido más fácil si hubiera visto indiferencia en ella. La indiferencia la habría hecho odiarla. El arrepentimiento, sin embargo, solo complicaba las cosas.

Al terminar su café, notó a León al otro lado de la habitación. Al parecer, aún no la había visto. Parecía cansado. Llevaba las mangas de la camisa remangadas y ojeras. Por un instante, Sophie lo observó sin darse cuenta. Diez años lo habían cambiado. No solo físicamente. Su postura parecía más pesada, más seria. Solía sonreír a menudo. Ahora, incluso su calma parecía teñida de tensión. Antes de que pudiera pensarlo más, él levantó la cabeza. Sus miradas se cruzaron. Ninguno apartó la vista.

Finalmente, León se levantó y se acercó lentamente a su mesa.

"Buen día."

"¿Es él?"

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

"Probablemente no."

Sophie no sabía por qué no lo habían echado inmediatamente.

Quizás porque estaba cansada.

Quizás porque quería respuestas.

O tal vez porque una parte de ella aún recordaba las veces en que se habían sentado juntos durante horas a desayunar.

Siéntate dijo finalmente.

La sorpresa en sus ojos era inconfundible.

León tomó asiento frente a él.

Durante unos segundos, nadie dijo nada.

El silencio me resultaba extrañamente familiar.

No es desagradable.

Más bien era algo que ambos habían conocido en algún momento.

Pareces cansado dijo finalmente León.

"Gracias."

"Eso no fue un cumplido."

"Tu capacidad de observación sigue siendo tan irritante como siempre."

Para su propia sorpresa, esto provocó una leve risa en él.

Era la primera vez que lo oía reír desde que se habían reencontrado.

Y por un instante vio al hombre al que una vez había amado.

La idea la aterrorizaba.

Inmediatamente reconstruyó su distanciamiento interior.

"¿Por qué nunca te casaste?"

La pregunta surgió de forma inesperada.

León pareció sorprendido.

"Directo."

"Después de diez años, ya no tengo paciencia para los rodeos."

Él asintió lentamente.

"No. Nunca me he casado."

"¿Por qué?"

Su mirada permaneció fija en su taza de café.

"Porque no podía."

La respuesta fue tan baja que Sophie casi no la oyó.

Algo se le tensó en el pecho.

Ella no quería pensar en lo que él quería decir con eso.

Pero lo hizo de todos modos.

¿Y tú? preguntó León.

"Tuve relaciones."

"Pero nada de matrimonio."

"No."

De nuevo, ese silencio.

Esta vez fue más pesado.

Más personal.

Más peligroso.

Porque entre ellos yacía la misma verdad tácita.

Ninguno de los dos había dejado atrás el pasado del todo.

Tras el desayuno, sus caminos se separaron. Sophie dedicó la mañana a tareas organizativas. Sin embargo, hacia el mediodía recibió una llamada de Múnich. Una importante reunión con un cliente se había cancelado, lo que significaba que tendría que prolongar su estancia en Salzburgo dos días más. La noticia la tomó completamente por sorpresa.

Dos días más.

Con León.

Por un instante, sintió la tentación de negarse.

Pero desde un punto de vista profesional, tenía sentido.

Así que se quedó.

Por la tarde, decidió dar un paseo por el casco antiguo. Necesitaba alejarse del hotel. Lejos de los recuerdos. Lejos de León.

Salzburgo se mostró en todo su esplendor. Sus estrechas calles rebosaban de vida. Músicos callejeros interpretaban melodías clásicas. Los turistas paseaban por plazas y puentes. Las fachadas de las casas antiguas brillaban bajo la cálida luz del sol.

A Sophie le encantaban las ciudades europeas como esta.

Lugares cargados de historia.

Lugares donde el pasado y el presente coexistían.

Quizás por eso se sentía tan cómoda aquí.

Y al mismo tiempo tan perdido.

Estaba cruzando el puente estatal cuando de repente escuchó una voz familiar.

"Sophie."

Ella se dio la vuelta.

León.

Naturalmente.

A estas alturas parecía casi imposible no toparse con él.

"¿Me estás siguiendo?"

"No."

"¿Seguro?"

"Relativo."

Contra su voluntad, tuvo que sonreír.

Una pequeña sonrisa.

Pero León se dio cuenta.

Y su mirada se suavizó.

"Lo he echado de menos."

Su sonrisa desapareció al instante.

"No tienes derecho a decir esas cosas."

Su expresión facial cambió.

"Tienes razón."

De nuevo, esa honestidad.

Ella le hizo difícil seguir enfadada.

Juntos caminaron unos pasos en silencio, uno al lado del otro.

Nadie había sugerido seguir juntos.

Pero nadie se fue.

La ciudad se extendía ante ellos.

torres de iglesias.

Lugares.

Edificios históricos.

El río Salzach brillaba bajo la luz del sol.

¿Te acuerdas de Viena? preguntó León de repente.

Sophie se detuvo.

Por supuesto que lo recordaba.

Habían pasado un fin de semana allí hacía once años.

Había sido uno de los viajes más felices que habían hecho juntos.

"Sí."

No dijo nada más.

Pero el recuerdo volvió inmediatamente.

Los cafés.

Los paseos.

Risas compartidas.

En aquel momento, su futuro aún parecía seguro y certero.

“Pienso en ello a menudo”, dijo León.

Sophie no respondió.

Porque ella también pensaba mucho en ello.

Más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Continuaron su camino.

Por primera vez desde su reencuentro, hablaron de cosas que no tenían que ver con el pasado.

Sobre el trabajo.

Sobre viajes.

Sobre libros.

Sobre la vida.

Fue terriblemente fácil.

Como si los diez años transcurridos nunca hubieran existido.

Y eso fue precisamente lo que asustó a Sophie.

Porque con cada minuto que pasaban juntos, ella recordaba por qué una vez había amado a León.

No por grandes gestos.

No por la perfección.

Pero porque él siempre la había hecho sentir comprendida.

Llegaron a los Jardines Mirabell a última hora de la tarde.

Sophie se detuvo entre parterres de flores y estatuas antiguas.

"Esto es peligroso."

León la miró con expresión interrogante.

"¿Qué?"

"Que finjamos que no pasó nada."

Su expresión se tornó seria.

"No estoy fingiendo."

"Entonces, por fin, dime la verdad."

La tensión regresó de inmediato.

León apartó la mirada.

“Sophie…”

"No."

Ella negó con la cabeza.

"Cuando se llega a este punto, uno se retira."

Permaneció en silencio.

Y fue precisamente ese silencio el que respondió a su pregunta.

De nuevo.

"No entiendo por qué me estás hablando."

Las palabras salieron más bajas de lo que ella pretendía.

"¿Después de todo lo que he hecho?"

"Sí."

Leon la miró.

Largo.

"Porque eres la persona más importante en mi vida."

Sophie sintió que su corazón latía dolorosamente contra su pecho.

Por un instante se olvidó de respirar.

"No debes decir eso."

"¿Por qué no?"

"Porque te fuiste."

Por primera vez, León parecía completamente indefenso.

"Lo sé."

Su voz casi se quebró.

"Créeme, lo sé."

La intensidad de su dolor la dejó conmocionada.

Él no jugó.

No mintió.

Lo que fuera que hubiera ocurrido entonces, todavía le atormentaba.

La única pregunta era por qué.

Por la noche, regresaron al hotel por separado.

Pero Sophie no podía organizar sus pensamientos.

Todo se complicó más.

Cuanto más tiempo pasaba con León, menos se ajustaba él a la imagen que había tenido de él durante años.

El hombre que tenía delante no era despiadado.

No indiferente.

No estaba contento con su decisión.

Parecía alguien que vivía con las consecuencias a diario.

Más tarde, se sentó en el balcón de su habitación y contempló las luces de la ciudad. El cielo estaba despejado. Las montañas se alzaban oscuras contra la noche.

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

Su corazón comenzó a latir con fuerza de inmediato.

Ella ya sabía quién estaba parado en la puerta.

Cuando abrió la puerta, su mirada se encontró con la de León.

Parecía inusualmente tenso.

"¿Qué pasó?"

Por un momento no dijo nada.

Entonces le tendió un objeto antiguo.

Una fotografía amarillenta.

Sophie lo recibió con confusión.

Cuando lo miró, se le cortó la respiración.

Les mostró ambos.

Tomada unos meses antes de su boda.

Se rieron.

Feliz.

Enamorado.

Despreocupado.

"¿De dónde sacaste eso?"

"Siempre lo llevé conmigo."

Sus manos comenzaron a temblar ligeramente.

Diez años.

Durante diez años.

Leon la miró.

Y por primera vez, Sophie notó lágrimas en sus ojos.

"No pasa un día sin que piense en ti."

El dolor en su voz era inconfundible.

Ella no sabía qué sentir.

Furia.

Tristeza.

Anhelo.

De repente.

"¿Por qué?"

Esta vez no se refería a una desaparición.

No la boda.

No el pasado.

Solo esta palabra.

¿Por qué?

¿Por qué nunca la había olvidado?

¿Por qué seguía llevando consigo su foto?

¿Por qué la miraba como si fuera la persona a la que más había echado de menos?

León cerró los ojos brevemente.

Como si la respuesta le fuera a costar más que cualquier otra cosa.

Luego la volvió a abrir.

"Porque nunca dejé de amarte."

El mundo pareció quedarse en silencio.

Sin viento.

Ningún voto.

No hay sonido.

Solo su confesión.

Y su corazón, que se negaba a latir con calma.

Sophie no sabía qué decir.

Porque una parte de ella había querido escuchar precisamente esas palabras.

Durante diez años.

Y ahora que por fin se han pronunciado, solo han complicado más las cosas.

Porque si León la hubiera amado de verdad...

¿Por qué había desaparecido el día de su boda?

La noche terminó con esa pregunta entre ellos.

Y por primera vez, Sophie empezó a sospechar que la verdad no solo sería dolorosa.

Pero podría destruir por completo su imagen del pasado.

CAPÍTULO 5

La verdad entre líneas

Sophie no cerró la puerta de su habitación de hotel hasta que León se marchó. La vieja fotografía seguía en su mano. Se sentó en el borde de la cama y la miró a la luz de la lámpara de noche. La imagen mostraba a dos personas que estaban completamente convencidas de haber encontrado ya su futuro. Recordó el día en que se había tomado. Una cálida tarde en el lago Starnberg. León la había seguido con una cámara porque ella insistía en que él nunca tomaba fotos espontáneas. Finalmente, un transeúnte se ofreció a tomarles una foto juntos. En aquel momento, se rió. Hoy, el recuerdo le dolía como una herida abierta. León había guardado esa foto durante diez años. Durante diez años, la había llevado consigo. ¿Por qué alguien haría algo así si se hubiera marchado por voluntad propia?

La pregunta la mantuvo despierta media noche. Escuchaba sus palabras una y otra vez: «Nunca dejé de amarte». Una frase que antes le habría parecido imposible. Si alguien le hubiera dicho hacía una semana que León aún podía sentir algo por ella, se habría reído. Pero ahora había visto la verdad en sus ojos. El problema no era que no le creyera. El problema era que le creía y, sin embargo, no tenía explicación.

A la mañana siguiente, Sophie salió de su habitación antes de lo habitual. Esperaba despejar su mente, pero en cambio, se sentía

más agotada que antes. El hotel ya estaba lleno de gente. Los huéspedes hacían el check-out, el personal se ocupaba de sus asuntos y había un bullicio general por todas partes. Sophie decidió pasar el día fuera del hotel. Necesitaba un poco de espacio. Pero al cruzar el vestíbulo, vio a Leon hablando con un hombre mayor. El desconocido tendría unos sesenta y cinco años, vestía elegantemente y parecía serio. Cuando León vio a Sophie, su expresión cambió de inmediato.

El hombre mayor siguió su mirada.

Por un instante se generó una extraña tensión.

Entonces, el desconocido asintió cortésmente a Sophie.

“¿Sophie Hartmann?”

Se detuvo, sorprendida.

"Sí."

"Me complace conocerle."

Antes de que pudiera responder, León ya había hablado.

"El señor Kramer tiene una cita inmediatamente."

Su tono fue educado.

Pero tenso.

Casi alarmado.

El hombre llamado Kramer miró a León por un momento.

Entonces asintió.

"Naturalmente."

Tras una última mirada a Sophie, se despidió y salió del vestíbulo.

Sophie esperó hasta que él desapareció.

Luego se volvió hacia León.

"¿Quién era ese?"

"Un socio comercial."

"¿Por qué me miró como si me conociera?"

León no respondió de inmediato.

"Coincidencia."

La respuesta llegó demasiado rápido.

Demasiado suave.

Sophie inmediatamente sintió que algo andaba mal.

"Mientes."

"No."

"Pero."

Su voz se volvió más firme.

"Y tú eres malo en eso."

Por un instante, Leon pareció buscar una respuesta.

Entonces negó con la cabeza.

"Ahora no."

Sophie sintió que una nueva frustración crecía en su interior.

Siempre es lo mismo.

Siempre estas paredes.

Estos secretos.

Estas medias verdades.

"¿De verdad esperas que tenga paciencia?"

"No."

"Entonces deja de tratarme como a un niño."

León bajó la mirada.

"Solo intento protegerte."

Aquellas palabras dejaron a Sophie helada.

"¿Miedo a qué?"

Pero León no respondió.

Otra vez no.

Salió furiosa del vestíbulo.

Mientras caminaba por las calles de Salzburgo, sus pensamientos giraban en torno a su encuentro. Por primera vez desde su reencuentro, estaba segura de que el silencio de León ocultaba algo más que simple culpa. Algo lo conectaba con ese hombre. Y, al parecer, también la involucraba a ella.

La constatación de ello no la dejaba en paz.

Pasó toda la tarde recorriendo la ciudad. Visitó pequeños cafés, paseó por calles estrechas e intentó en vano ordenar sus pensamientos. Pero seguía volviendo a la misma pregunta.

¿De qué intentaba protegerla León?

Regresó al hotel al anochecer. El sol se ponía lentamente, bañando la ciudad con una luz dorada. Justo cuando iba a entrar en el ascensor, oyó voces que provenían de una sala de conferencias contigua.

Uno de ellos pertenecía a León.

Se detuvo involuntariamente.

La puerta no estaba completamente cerrada.

"No debe descubrir nada."

La voz de Leon sonaba inusualmente aguda.

Sophie se quedó paralizada.

El segundo voto fue para el Sr. Kramer.

"No se puede evitar esto para siempre."

"Tengo que hacerlo."

"Ella tiene derecho a la verdad."

Sophie no escuchó nada más.

Instintivamente, retrocedió.

Su corazón latía más rápido.

¿De qué estaban hablando?

¿Qué verdad?

¿Y por qué no se le permitió averiguarlo?

Quería irrumpir en la habitación y exigir respuestas.

Pero en vez de eso, se fue.

No porque tuviera miedo.

Pero porque por primera vez sintió que se acercaba a una verdad mayor que cualquier cosa que hubiera sospechado anteriormente.

Más tarde esa misma noche, llamaron a su puerta.

Esta vez dudó durante un buen rato antes de abrir.

León se mostró a favor.

"¿Puedo pasar?"

"¿Por qué?"

"Porque necesitamos hablar."

Sophie se cruzó de brazos.

"Entonces habla."

Respiró hondo.

"Aquí no, en el pasillo."

Tras una breve vacilación, se hizo a un lado.

León entró en la habitación.

Por un instante, la situación le recordó dolorosamente el pasado. ¿Cuántas veces se habían sentado juntos en habitaciones de hotel, hablando de su futuro y haciendo planes de viaje? El recuerdo era peligroso.

Se sentó en un sillón.

León se detuvo.

"Sé que no confías en mí."

"Bien visto."

Una leve sonrisa cruzó su rostro.

"Me lo merezco."

Sophie esperó.

Esta vez estaba decidida a no dejar que él la eludiera.

León se pasó la mano por el pelo.

Un gesto que ella recordaba de los momentos que pasaron juntos.

Siempre que estaba nervioso.

"Hay cosas que necesito contarte."

Su ritmo cardíaco aumentó.

Finalmente.

"Entonces empieza."

Leon la miró.

Largo.

"Quería venir el día de nuestra boda."

Sophie sintió que se le oprimía el pecho.

"Por supuesto que querías eso."

"No."

Su voz se volvió más firme.

"Lo digo en serio."

Ella permaneció en silencio.

Por primera vez, no parecía alguien que quisiera disculparse.

Pero como alguien que lo recordaba.

"Me desperté esa mañana y estaba feliz."

Sophie contuvo la respiración involuntariamente.

"Tenía miedo."

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

"Pero solo el tipo de miedo normal."

Ella lo recordaba.

León estaba nervioso en ese momento.

Pero feliz.

Ella lo había visto.

Todos lo habían visto.

"¿Y luego?"

La pregunta salió de sus labios casi ineludiblemente.

León cerró los ojos brevemente.

"Entonces llegó alguien."

Aquellas palabras la dejaron paralizada.

"¿OMS?"

Pero León no respondió de inmediato.

Su mirada se desvió hacia la ventana.

Era como si el pasado estuviera justo delante de él.

"Alguien que lo cambió todo."

Sophie sintió escalofríos en los brazos.

Finalmente.

Por primera vez, habló abiertamente sobre ello.

No es suficiente.

Pero más que nunca.

"¿Qué quería esta persona?"

"Para convencerme de que no me case."

Sophie negó con la cabeza.

"Eso no tiene sentido."

"Lo sé."

"¿Y por eso desapareciste?"

"No."

La respuesta llegó de inmediato.

Determinado.

Sin dudarlo.

Sophie lo notó de inmediato.

Dijo la verdad.

Al menos esa parte.

"¿Entonces por qué?"

Esa misma lucha se reflejaba de nuevo en sus ojos.

Esta lucha interior.

"Porque tenía que tomar una decisión."

"¿Qué decisión?"

León se puso de pie.

De repente, la habitación pareció demasiado pequeña.

Demasiado ajustado.

Demasiado lleno de recuerdos.

"Todavía no puedo contártelo todo."

Sophie rió amargamente.

"Por supuesto que no."

"Por favor."

"No."

Ella también se puso de pie.

"Has permanecido en silencio durante diez años."

Su voz temblaba.

"Y ahora me das fragmentos."

"No puedo hacer más en este momento."

"¿Por qué?"

León no respondió.

Pero esta vez su silencio fue diferente.

No por cobardía.

Pero por miedo.

Sophie se dio cuenta de eso completamente por sorpresa.

León estaba asustado.

Miedo real.

No delante de ella.

Delante de otra cosa.

Algo que aún ejercía poder sobre él incluso después de diez años.

Por un instante se miraron en silencio.

Entonces Sophie preguntó en voz baja:

"¿Estuve en peligro?"

Por primera vez, León palideció por completo.

La reacción fue respuesta suficiente.

Sophie sintió que el corazón se le paraba.

"Dios mío."

León cerró los ojos.

“Sophie…”

"¿Estuve en peligro?"

Su voz se hizo más fuerte.

"¡León!"

Lentamente volvió a abrir los ojos.

Y asintió.

Sólo una vez.

Apenas visible.

Pero fue suficiente.

El mundo pareció detenerse.

De repente, todo cobró sentido.

No todos.

Pero algunos.

Sus sentimientos de culpa.

Su silencio.

Su necesidad de protegerla.

Su miedo.

"¿Miedo a qué?"

La pregunta llegó en un susurro.

León no respondió.

Pero esta vez vio las lágrimas en sus ojos.

"Intenté hacer lo correcto."

Las palabras brotaron de él de repente.

Crudo.

Honesto.

Doloroso.

"Y tal vez con eso lo haya destruido todo."

Sophie ya no sabía qué creer.

La historia que había estado contando durante diez años comenzó a resquebrajarse.

Quizás Leon no se había marchado sin más.

Quizás habían ocurrido más cosas.

Mucho más.

Más tarde, después de que León se marchara, Sophie se quedó un buen rato junto a la ventana. Abajo, las luces de Salzburgo centelleaban en la oscuridad. Pensó en sus palabras. En su miedo. En su confesión.

¿Estaba en peligro?

La pregunta resonaba en su mente.

Por primera vez desde su reencuentro, sintió algo más que enfado.

Pero también miedo.

Porque si Leon decía la verdad, significaba que su vida de hace diez años podría haber estado construida sobre una mentira.

Y que el día de su boda no había transcurrido como ella siempre había creído.

En algún lugar de ese pasado yacía una verdad.

Una verdad lo suficientemente grande como para separar a dos personas.

Y Sophie sintió que ahora se estaba acercando peligrosamente a ella.

CAPÍTULO 6

Sombras sobre el ayer

Sophie pasó la noche casi en vela. Caminaba de un lado a otro en su habitación de hotel, deteniéndose en la ventana para contemplar los oscuros tejados de Salzburgo. Las palabras de León la atormentaban. "¿Estuve en peligro?", le había preguntado, y había leído la respuesta en su rostro incluso antes de que asintiera. Durante años, había creído conocer la historia de su boda fallida. León la había abandonado. Punto. La sencillez de esa explicación nunca había disminuido el dolor, pero al menos le había dado una idea de la situación. Ahora, esa imagen comenzaba a desmoronarse. Si realmente había estado en peligro, significaba que su desaparición iba más allá de la cobardía o la duda. Pero ¿por qué había guardado silencio? ¿Por qué la había mantenido en la ignorancia durante diez años? ¿Y por qué seguía sin hablarle abiertamente?

Al amanecer, se sentía agotada. Sin embargo, decidió que ya no podía seguir esperando respuestas. Si León no quería decir la verdad, tendría que descubrirla por sí misma. Después del desayuno, salió del hotel y se dirigió al casco antiguo. Necesitaba distancia para reflexionar. Mientras caminaba por las estrechas calles, intentó reconstruir los acontecimientos de aquella época. Pero cuanto más pensaba en ello, más lagunas notaba. Cosas que antes le habían parecido insignificantes. Detalles que jamás se había cuestionado.

Recordaba la semana anterior a la boda. Leon había estado inusualmente tenso. Ella supuso que se debía a los preparativos. Al fin y al cabo, ambos eran jóvenes y habían organizado la boda con un presupuesto ajustado. Pero, en retrospectiva, había algo más. Llamadas telefónicas que hacía fuera del alcance del oído. Momentos en los que se quedaba en silencio de repente. Noches en las que apenas dormía. En aquel momento, no se dio cuenta de las señales porque confiaba en él. Quizás demasiado.

Mientras cruzaba una pequeña plaza, se detuvo bruscamente.

Un recuerdo la asaltó con una claridad inesperada.

Tres días antes de la boda, León canceló una cita que, en realidad, esperaba con ilusión.

Todavía recordaba lo inusual que había sido aquello.

Había dicho que había surgido algo importante.

No más.

Ella no preguntó al respecto en ese momento.

Hoy desearía haberlo hecho.

Con cada recuerdo, crecía su sensación de que la verdad había comenzado mucho antes de la mañana de la boda.

Regresó al hotel a primera hora de la tarde. Al entrar en el vestíbulo, notó de inmediato un ambiente tenso. Varios empleados conversaban en voz baja. León estaba de pie cerca de la recepción, hablando por teléfono. Su expresión era seria, casi preocupada.

Sophie quería pasar por allí.

Pero de repente oyó que la llamaban por su nombre.

No es de León.

De otra voz.

"¿Señora Hartmann?"

Ella se dio la vuelta.

El señor Kramer estaba de pie frente a ella.

El hombre al que ya había visto antes.

Parecía nervioso.

Era como si hubiera reflexionado mucho antes de decidir si debía hablar con ella.

"¿Podemos hablar un momento?"

Sophie sintió de inmediato que su atención se agudizaba.

"¿Acerca de?"

Kramer miró brevemente a León.

"En privado."

Algo en su tono de voz la hizo estar de acuerdo.

Unos minutos después, estaban sentados en un pequeño café no muy lejos del hotel.

El señor Kramer parecía inquieto.

Miró a su alrededor varias veces.

Como si quisiera asegurarse de que nadie los estuviera observando.

"Tienen muchas preguntas."

Sophie se cruzó de brazos.

"Y, al parecer, usted tiene algunas respuestas."

El hombre mayor sonrió con tristeza.

"No es suficiente."

"¿Más que Leon?"

Él no respondió a eso.

Y esa fue respuesta suficiente.

Sophie sintió que su corazón latía más rápido.

"¿Quién eres realmente?"

Kramer respiró hondo.

"Alguien que cometió un error hace diez años."

Las palabras la confundieron.

"¿Qué tiene eso que ver conmigo?"

"Más de lo que te gustaría."

Sophie esperó.

Pero antes de que pudiera seguir hablando, su teléfono vibró.

Una sola mirada a la pantalla bastó.

Su expresión facial cambió inmediatamente.

De repente pareció alarmado.

"Tengo que irme."

"¿Qué?"

"Lo lamento."

"No."

Sophie se puso de pie.

“No pueden simplemente…”

Pero Kramer ya estaba en camino.

Lo único que quedó fue confusión.

Y la sensación de que la verdad se había desvanecido una vez más justo delante de ella.

Cuando regresó al hotel, León ya la estaba esperando.

Obviamente, él sabía que ella había conocido a Kramer.

"¿De qué hablaron?"

La pregunta surgió de inmediato.

Sophie se detuvo.

"Interesante."

"¿Qué?"

"Haces preguntas, pero nunca respondes ninguna."

León se pasó la mano por el pelo.

Una clara señal de su frustración.

"Por favor."

"No."

Esta vez estaba decidida.

"Si quieres saber algo, empieza por ser honesto."

Por un instante se miraron en silencio.

Entonces León dijo algo inesperado.

"Venga conmigo."

"¿Dónde?"

"Solo ven conmigo."

Normalmente, Sophie se habría negado.

Pero algo le decía que ese momento era importante.

Así que ella lo siguió.

Salieron del hotel y caminaron por varias calles hasta llegar a un mirador tranquilo con vistas a la ciudad. A sus pies se extendía Salzburgo, bañada por la luz de la tarde. Las montañas destacaban en el horizonte. El lugar era precioso.

Y completamente silencioso.

León se detuvo junto a la barandilla.

Durante mucho tiempo, nadie dijo nada.

Entonces comenzó a hablar.

"¿Sabes de qué me arrepiento más?"

Sophie no respondió.

"No es que me haya ido."

Aquellas palabras la golpearon como un jarro de agua fría.

Ella se puso rígida de inmediato.

León lo notó.

"Déjame terminar."

A regañadientes, permaneció en silencio.

"Lamento no haber confiado en ti."

Sophie frunció el ceño.

"¿Qué significa eso?"

León contempló la ciudad.

"En aquel entonces, decidí llevar algo por mi cuenta."

Su voz sonaba distante.

Como si estuviera reviviendo la escena.

"Pensé que podría protegerte."

Ahí estaba de nuevo, esa palabra.

Proteger.

Protégete repetidamente.

"¿De qué?"

preguntó Sophie.

León cerró los ojos.

"Antes de las consecuencias de mis decisiones."

La respuesta solo la confundió más.

"Eso no tiene sentido."

"Tal vez no."

Se rió amargamente.

"Pero en aquel momento pensé que era la única opción."

Sophie notó lo difícil que le resultaba pronunciar cada palabra.

Era como si estuviera luchando contra años de silencio.

"¿Me amabas?"

La pregunta salió de sus labios inesperadamente.

León abrió los ojos.

Sus miradas se encontraron.

"Sí."

Ni un segundo de vacilación.

Ninguna incertidumbre.

Solo la verdad.

"¿Y hoy?"

Esta vez tardó un poco más.

No porque tuviera que pensar.

Pero porque la respuesta fue dolorosa.

"Sí."

Sophie sintió que se le oprimía el pecho.

Ella no habría querido escuchar esa respuesta.

Y, sin embargo, eso era exactamente lo que ella esperaba.

Eso lo empeoró todo aún más.

"Entonces explícame cómo alguien puede amar a una persona y herirla tanto al mismo tiempo."

León no respondió de inmediato.

Cuando finalmente habló, su voz sonaba áspera.

"Llevo diez años haciéndome esa pregunta."

Por un instante, Sophie no vio al hombre que la había dejado.

Pero alguien que vivía con las consecuencias de su decisión todos los días.

Alguien que no se había perdonado a sí mismo.

Aquello la conmocionó.

Porque el odio se volvió cada vez más difícil.

La comprensión, por otro lado, se está volviendo cada vez más peligrosa.

Esa noche regresaron juntos al hotel. El ambiente entre ellos había cambiado. Las preguntas seguían ahí. Las heridas también. Pero por primera vez, parecía que el dolor no era lo único que existía entre ellos.

Pero también honestidad.

No es toda la verdad.

Pero ya empiezan a aparecer las primeras grietas en los muros.

Más tarde, Sophie se sentó sola en su habitación y miró su teléfono. Había guardado una pequeña carpeta digital con fotos antiguas durante años. Normalmente, rara vez la abría. Sin embargo, hoy sí lo hizo.

Una imagen tras otra desfilaba ante sus ojos.

Vacaciones.

Cumpleaños.

Veladas que pasamos juntos.

Momentos de pura felicidad.

Entonces, de repente, se detuvo para mirar una fotografía.

Mostraba a León unas semanas antes de su boda.

Al fondo se podía ver una cafetería.

Nada especial.

De hecho.

Pero esta vez notó algo.

O mejor dicho, alguien.

Un hombre estaba de pie al fondo.

Desenfocado.

Casi inadvertido.

Sin embargo, ella lo reconoció.

Señor Kramer.

Sophie se incorporó.

Su corazón comenzó a latir más rápido.

La foto tenía once años.

¿Por qué había estado Kramer allí en aquel entonces?

¿Coincidencia?

Impossible.

Ella hizo zoom para acercarse más.

El hombre no estaba prestando atención a su entorno.

Observó a Leon.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

De repente, varias cosas dejaron de tener sentido.

Si Kramer ya hubiera estado en su vida en aquel entonces...

Entonces supo mucho más de lo que admitió.

Y, al parecer, su relación con León era mucho más antigua de lo que ella pensaba.

En ese momento, alguien llamó a su puerta.

Sophie se estremeció.

Ella supo inmediatamente quién era.

Cuando abrió la puerta, Leon estaba allí parado, efectivamente.

Pero esta vez parecía diferente.

Más pálido.

Más tenso.

Casi asustado.

"Tenemos un problema."

Sus palabras le paralizaron el corazón.

"¿Qué pasó?"

León dudó.

Entonces la miró directamente a los ojos.

"Kramer ha desaparecido."

Por un momento, Sophie pensó que había oído mal.

"¿Qué?"

"Nadie puede alcanzarlo."

Su voz era inusualmente seria.

"Y no creo que sea una coincidencia."

El ambiente entre ellos parecía volverse denso.

Sophie pensó en la foto.

Al encuentro en el café.

A las pistas misteriosas.

Todo lo que había aprendido en los últimos días.

Y de repente tuvo la sensación de que el pasado se movía.

Era como si algo que había permanecido oculto durante diez años hubiera vuelto a despertar.

Algo que nunca había desaparecido del todo.

León permaneció de pie en silencio frente a ella.

En sus ojos se reflejaba el mismo miedo que ella había visto antes.

Pero esta vez los entendió mejor.

Porque, por primera vez, Sophie también empezó a sentir miedo.

No es cierto.

Sino más bien, por lo que esta verdad podría revelar.

CAPÍTULO 7

La mañana de la boda

Después de que Leon le contara sobre la desaparición de Kramer, Sophie se quedó despierta hasta tarde. Los sucesos de los últimos días se habían desplegado ante ella como piezas de un rompecabezas, pero la imagen seguía incompleta. Una y otra vez, cogía el móvil y miraba la vieja foto en la que se veía al señor Kramer al fondo. Cuanto más la miraba, más se convencía de que aquel hombre tenía mucho más que ver con su pasado de lo que había pensado. Poco antes del amanecer, dejó de intentar dormir. En vez de eso, se sentó junto a la ventana y observó cómo los primeros rayos de luz se extendían sobre Salzburgo. Por primera vez en años, se permitió recordar conscientemente la mañana de su boda.

Durante mucho tiempo, había evitado esos recuerdos. Los había guardado como objetos frágiles en una habitación cerrada con llave. Pero ahora tenía que volver. No por nostalgia, sino porque las respuestas podrían estar ahí.

La mañana de su boda había sido soleada.

Recordaba cada detalle.

A los pájaros madrugadores que trinan fuera de la ventana.

A su madre, que ya estaba en la cocina antes de las siete.

Al nerviosismo.

A la expectativa.

A la sensación de que su vida finalmente estaba comenzando.

En aquel entonces, ella vivía en un pequeño apartamento en Múnich. La boda se celebraría en una antigua iglesia en las afueras de la ciudad. Nada lujoso. Nada espectacular. Simplemente un lugar lleno de recuerdos.

León había elegido la iglesia.

Porque sus abuelos se habían casado allí.

Recordaba lo feliz que había estado él cuando ella aceptó.

En aquel entonces todo funcionaba a la perfección.

Todo.

Mientras Sophie estaba sentada junto a la ventana de su habitación de hotel, cerró los ojos.

Y el pasado la alcanzó.

Diez años antes.

Sophie se paró frente al espejo y miró su vestido de novia.

Fue sencillo.

Elegante.

Exactamente como siempre lo había imaginado.

Su madre se colocó detrás de ella.

"Eres hermoso."

Sophie sonrió.

"No llores."

"Demasiado tarde."

Ambos rieron.

Fue uno de los momentos más felices de su vida.

En ese momento, no tenía ni idea de que tan solo unas horas después se convertiría en una de sus peores experiencias.

Mientras tanto, León se encontraba en casa de sus padres, al otro lado de la ciudad.

Él también se había levantado temprano.

Él tampoco había dormido casi nada.

Pero por otras razones.

Llevaba días sintiendo una creciente inquietud.

Algo andaba mal.

No pudo explicarlo.

Pero ese sentimiento nunca lo abandonó.

Su teléfono sonó poco después de las ocho.

Un número desconocido.

León aún lo recuerda.

La sensación que lo invadió al contestar el teléfono.

"¿Leon Berger?"

La voz era masculina.

Tranquilo.

Revisado.

"Sí."

"Tenemos que hablar."

León frunció el ceño.

"¿Quién anda ahí?"

"Alguien que quiere evitar que algo malo suceda hoy."

En aquel momento, León pensó que era una broma de mal gusto.

Pero la voz no sonaba a broma.

Sonaba seria.

Terriblemente serio.

"No tengo tiempo para ese tipo de cosas."

"Pero."

Un breve descanso.

"Si Sophie Hartmann es importante para ti."

El corazón de León se detuvo.

Por primera vez, sintió verdadero miedo.

"¿De dónde conoces a Sophie?"

"Encuéntrame."

El hombre le puso nombre a un lugar.

Una pequeña cafetería en las afueras de la ciudad.

Luego colgó.

Leon debería haber colgado.

Deben ser ignorados.

Se supone que deben ir a la boda.

Pero no lo hizo.

Porque el desconocido conocía el nombre de Sophie.

Y porque el miedo tiene un poder que a veces vence a la razón.

En el presente, Sophie abrió los ojos.

Su corazón latía más rápido.

Estos recuerdos no le pertenecían.

Pertenecían a León.

Pero en los últimos días había empezado a imaginar lo que había sucedido desde su perspectiva en esa historia.

Por primera vez, intentó no solo comprender su propio dolor.

Pero también el suyo.

Se reencontró con León a última hora de la mañana.

Estaban sentados en una pequeña terraza detrás del hotel.

Al principio nadie habló.

Ambos parecían cansados.

"No estabas dormido."

Leon sonrió débilmente.

"Tú tampoco."

Sophie asintió.

Esta vez no la contradijo.

Ya no tenía energía para jugar.

Se acabó la paciencia con las medias verdades.

"Cuéntame sobre el día de tu boda."

León se quedó paralizado.

El viento movía las hojas de los árboles que estaban sobre ellos.

Durante unos segundos, nadie dijo nada.

Entonces asintió lentamente.

"DE ACUERDO."

Era la primera vez que aceptaba.

Sin maniobras evasivas.

Sin disculpas.

Sin silencio.

Sophie sintió de inmediato cómo todo su interior se relajaba.

"Esta mañana fui a una reunión."

"¿Con quién?"

"Velero."

La respuesta la cayó como un jarro de agua fría.

"¿Velero?"

León asintió.

"No lo conocía en aquel entonces."

Sophie recordaba la foto.

De repente, todo cobró más sentido.

"¿Por qué?"

León miró sus manos.

"Porque dijo que estabas en peligro."

Las palabras hicieron que el ambiente entre ellos se volviera denso.

"¿Qué te dijo?"

León cerró los ojos brevemente.

Evidentemente, tenía dificultades para recordar.

"Dijo que alguien andaba tras mi familia."

Sophie frunció el ceño.

"¿Qué significa eso?"

"Mi padre."

León lo mencionó por primera vez.

Durante todos esos años, rara vez había hablado de su familia.

"¿Y él?"

Leon guardó silencio por un momento.

Entonces respondió.

"No era la persona que yo creía que era."

Sophie escuchó atentamente.

"Kramer me mostró documentos."

"¿Qué documentos?"

"Documentos financieros."

León rió amargamente.

"En aquel entonces apenas entendía la mitad."

"¿Y hoy?"

"Hoy sé que mi padre estuvo involucrado en cosas que nunca debieron haber salido a la luz."

Sophie sintió escalofríos.

Poco a poco, la imagen comenzó a tomar forma.

Todavía borroso.

Pero existe.

“¿Qué tipo de cosas?”

"Fraude."

Su voz sonaba baja.

"Lavado de dinero."

Sophie lo miró fijamente.

"¿Qué?"

"No sabía nada al respecto."

“León...”

“Realmente no lo sabía.”

Su mirada buscó la de ella.

Y ella le creyó.

Porque la vergüenza en sus ojos era real.

Porque nadie podría fingir tal culpa durante diez años.

"Kramer dijo que las investigaciones comenzarían pronto."

Sophie escuchó atentamente.

"¿Y?"

"Y que uno podría verse envuelto en ello."

La frase la dejó helada.

"¿Cómo?"

"Porque queríamos casarnos."

Ella lo comprendió poco a poco.

No todo.

Pero ya basta.

Si la familia de León hubiera estado involucrada en actividades delictivas, un matrimonio la habría vinculado legal y financieramente de forma más estrecha con esa familia.

"¿Es por eso que te fuiste?"

León negó con la cabeza inmediatamente.

"No."

De nuevo, ese "no".

Este no resuelto.

"¿Y qué pasó después?"

León se puso de pie.

Como siempre, cuando el recuerdo se volvía demasiado pesado.

Dio unos pasos.

Se detuvo junto a la barandilla.

Y contempló la ciudad.

"Quería volver."

Sophie sintió que su corazón latía más rápido.

"¿Qué?"

"Después de hablar con Kramer."

Su voz era apenas un susurro.

"Quería ir directamente a la iglesia."

Aquellas palabras la impactaron más que ninguna otra cosa antes.

Porque eran muy parecidos a lo que ella había deseado durante diez años.

"¿Por qué no lo estás?"

León cerró los ojos.

Largo.

Entonces dijo:

"Porque recibí una segunda llamada."

Sophie contuvo la respiración.

"¿De quién?"

Lentamente se giró para mirarla.

En sus ojos se reflejaba el mismo dolor que ella había visto muchas veces antes.

Pero esta vez era más profundo.

Crudo.

Sin filtros.

"De mi padre."

El silencio que siguió pareció interminable.

"¿Qué dijo?"

León no respondió de inmediato.

Su mirada se perdió en la distancia.

De vuelta a ese pasado que aún lo atormentaba.

"Dijo que Kramer tenía razón."

Sophie sintió que su corazón latía.

Alto.

Violento.

"¿Y luego?"

La voz de Leon casi se quebró.

"Entonces dijo algo que cambió mi vida."

Volvió a guardar silencio.

Pero esta vez Sophie sabía que no había sido intencional.

Pero porque el recuerdo lo abrumaba.

"¿Qué?"

preguntó en voz baja.

Leon la miró.

Director.

Sin desviarse.

"Dijo que alguien moriría si yo iba a la iglesia."

Las palabras le cayeron a Sophie como agua helada.

Por un momento no oyó nada.

Solo los latidos de su propio corazón.

"¿Qué?"

"Eso fue lo que dijo."

"¿OMS?"

"Él no lo explicó."

Sus ojos se llenaron de dolor.

"Y tuve miedo."

Sophie escuchó esta confesión por primera vez.

No es tu culpa.

Sin arrepentimientos.

Miedo.

El miedo descontrolado de un joven que, apenas unas horas antes de su boda, creyó que la mujer que amaba podría estar en peligro.

De repente, vio la historia desde una perspectiva diferente.

No del todo.

Ni por asomo.

Pero lo suficiente como para darse cuenta de que el día de su boda podría haber resultado muy diferente de lo que siempre había creído.

Permanecieron sentados en silencio en la terraza durante un largo rato.

Nadie sabía qué decir.

Porque cada nueva verdad hacía que el pasado fuera a la vez más comprensible y más doloroso.

Mientras el sol desaparecía lentamente tras las montañas, Sophie se dio cuenta de que, por primera vez, podía vislumbrar realmente lo que había detrás del muro que León había tardado diez años en construir.

Pero también sabía que esto era solo el principio.

Porque la pregunta más importante seguía sin respuesta.

Si León realmente creía que tenía que salvarla...

¿Por qué nunca volvió a contactarla después de eso?

¿Por qué la había dejado sola durante diez años?

¿Y por qué nunca había intentado regresar?

En algún punto de esta historia, aún faltaba una pieza crucial.

Una pieza que lo cambiaría todo.

Y en el fondo, Sophie ya sospechaba que la siguiente verdad sería aún más dolorosa que cualquier cosa que hubiera experimentado hasta el momento.

CAPÍTULO 8

¿Qué sucedió después de la desaparición?

Las revelaciones del día anterior atormentaban a Sophie. Por primera vez, León había hablado de la mañana de su boda. No del todo, no sin lagunas, pero lo suficiente como para sacudir su comprensión previa de los hechos. Durante años, había creído que él la había elegido a ella. Ahora empezaba a comprender que su decisión podría haber surgido del miedo. Pero una pregunta seguía clavada en su corazón. Incluso si él hubiera creído que debía protegerla entonces, ¿por qué no había regresado después? ¿Por qué la había dejado sola con sus preguntas durante diez años? Esta era la pregunta que más le dolía. No la mañana de la boda en sí, sino todo lo que vino después.

Al día siguiente, Sophie salió temprano del hotel. Vagó sin rumbo por Salzburgo mientras la ciudad despertaba lentamente. Los cafés abrieron sus puertas, las furgonetas de reparto circulaban por las estrechas calles y los turistas comenzaron a explorar. A Sophie le encantaban las mañanas como esta. Sin embargo, hoy apenas se percató de lo que la rodeaba. Sus pensamientos giraban sin cesar en torno a León.

Recordaba cómo habían sido las semanas posteriores a su desaparición.

En aquel momento, ella se negaba a creer que él la hubiera abandonado.

Inicialmente, estaba convencida de que algo debía haber sucedido.

Un accidente.

Un secuestro.

Algo.

Ella había llamado a los hospitales.

Leo los informes policiales.

Contacté a mis amigos.

Día tras día.

Durante semanas.

Pero nadie tenía respuestas.

Y con cada día que pasaba, la esperanza había disminuido.

Hasta que finalmente solo quedó el dolor.

Dolor y silencio.

Cuando Sophie regresó al hotel más tarde, encontró a León en la terraza detrás del edificio. Estaba sentado solo en una mesa, contemplando las montañas a lo lejos. Al verla, se levantó.

"Tenemos que hablar."

Sophie se detuvo.

"¿De verdad esta vez?"

Una sombra cruzó fugazmente su rostro.

"Sí."

Por primera vez, ella le creyó.

Ella se sentó.

León se sentó frente a ella.

Pasaron varios segundos.

Entonces comenzó a hablar.

"Después de que mi padre me llamara, no fui a la iglesia."

Sophie permaneció en silencio.

Ella ya sabía esta parte.

Al menos parcialmente.

"Tenía miedo."

Su voz era tranquila.

Un silencio casi inquietante.

"No es para mí."

"Para mí."

León asintió.

"Sí."

Sophie sintió un bulto en el pecho.

"¿Así que simplemente te marchaste en coche?"

"No."

La respuesta llegó de inmediato.

"Fui primero a la escuela de mi padre."

Eso la sorprendió.

"¿Por qué?"

León rió amargamente.

"Porque quería respuestas."

Miró brevemente a lo lejos.

Luego continuó.

"Pensé que me lo explicaría todo."

"¿Lo tiene?"

"No."

Por supuesto que no.

La decepción en su voz aún era perceptible incluso después de diez años.

"¿Qué pasó?"

León respiró hondo.

"Cuando llegué, la policía ya estaba allí."

Sophie se quedó paralizada.

"¿Qué?"

"Alguien había pasado la información."

Poco a poco empezó a comprender.

Las investigaciones que Kramer había mencionado.

Ya habían empezado.

"Mi padre fue arrestado."

Por un momento, Sophie no supo qué decir.

"¿El día de tu boda?"

León asintió.

"Justo delante de mis ojos."

Apenas podía imaginar la situación.

El día que debería haber sido el más feliz de su vida.

Y en cambio...

"¿Qué has hecho?"

preguntó en voz baja.

La mirada de León se ensombreció.

"Nada."

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Me quedé allí parado."

Su voz se quebró ligeramente.

"Y observó."

Sophie sintió el dolor que se escondía tras esas palabras.

No solo por el arresto.

Pero por todo lo que estaba relacionado con ello.

La pérdida.

La traición.

El colapso de un mundo entero.

"¿Y luego?"

ella preguntó.

León cerró los ojos brevemente.

"Después de eso, todo empeoró."

El aire parecía volverse más denso.

"¿Cómo?"

"Porque mi padre tenía razón."

Sophie frunció el ceño.

"¿Con qué?"

"Con el peligro."

Aquellas palabras hicieron que su corazón latiera más rápido.

“León...”

"Recibí un mensaje ese mismo día."

Sacó lentamente su teléfono móvil.

"Yo los salvé."

Sophie sintió un repentino nerviosismo.

“¿Durante diez años?”

"Sí."

Abrió un archivo.

Luego deslizó el teléfono por la mesa hacia ella.

Sophie miró la pantalla.

El mensaje era breve.

Brutalmente corto.

Si Sophie está viva, que siga desaparecida.

No más.

Se quedó mirando las palabras.

Una y otra vez.

No podía creer lo que veía.

"Esto no es real."

"Pero."

Su voz era apenas audible.

"Es real."

Sophie sintió que se le encogía el estómago.

De repente, muchas cosas cobraron sentido.

No todos.

Pero ya basta.

"¿Quién envió esto?"

"No lo sabía entonces."

"¿Y hoy?"

León negó con la cabeza.

"Todavía no."

La respuesta la sorprendió.

"¿Nunca lo supiste?"

"No."

Parecía amargado.

"No se pudo rastrear el número."

Sophie se echó hacia atrás.

Su corazón latía con fuerza.

Diez años.

Durante diez años ella creyó que simplemente se había marchado.

Mientras tanto, León había estado viviendo bajo una amenaza.

Una amenaza contra ella.

"¿Por qué no fuiste a la policía?"

La pregunta salió de sus labios inmediatamente.

León cerró los ojos.

Obviamente, se había hecho esa pregunta innumerables veces.

"Porque tenía veinticuatro años."

Su voz sonaba cansada.

"Porque mi padre acababa de ser arrestado."

Se rió amargamente.

"Porque temía que la amenaza fuera cierta."

Sophie no sabía qué responder.

Porque ella podía comprender la lógica de su decisión.

Y al mismo tiempo, eso la enfureció.

"Podrías haber hablado conmigo."

Las palabras salieron en voz baja.

León asintió inmediatamente.

"Sí."

"Podrías haberme llamado."

"Sí."

"Podrías haber confiado en mí."

Volvió a asentir con la cabeza.

Lento.

Doloroso.

"Sí."

La sencillez de su acuerdo mitigó en parte su enfado.

Porque no se defendió.

Porque sabía que ella tenía razón.

"¿Por qué no lo hiciste?"

Esta vez su respuesta tardó más.

Mucho más tiempo.

Cuando finalmente habló, su voz sonaba quebrada.

"Porque pensé que me estarías buscando."

Sophie lo miró fijamente.

"Por supuesto que lo tengo."

"Lo sé."

"¿De donde?"

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

"Porque lo vi."

El mundo pareció detenerse.

"¿Qué?"

"He regresado."

Por un momento, Sophie pensó que había oído mal.

"No."

"Pero."

"¿Cuando?"

Su voz era apenas un susurro.

León miró la mesa.

"Dos semanas después."

Sophie sintió que el corazón se le paraba.

"¿Estuviste en Múnich?"

"Sí."

"¿Y no me contactaste?"

Su silencio fue respuesta suficiente.

La ira la recorrió por completo.

Caliente.

Inmediatamente.

"¿Estuviste allí?"

"Sí."

"¿Me viste?"

León asintió.

Lento.

"Desde la distancia."

Sophie se levantó de un salto.

"Dios mío."

Apenas podía respirar.

"¿Me viste?"

“Sophie”

"¿Y no viniste a verme?"

Varios invitados se giraron para mirarlos.

Pero a ella no le importaba.

"¡Esperé un mensaje todos los días!"

Su voz temblaba.

"¡Todos los malditos días!"

León bajó la mirada.

"Lo sé."

"No."

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

"No lo sabes."

"Pero."

De repente, su voz sonó tan quebrada como la de ella.

"Porque estuve parado frente a tu casa todos los días durante esas mismas dos semanas."

Sophie se quedó paralizada.

Aquellas palabras la pillaron desprevenida.

"¿Qué?"

"No podía irme."

Alzó la mirada.

"Pero yo tampoco podía quedarme."

El dolor en sus ojos era tan real que por un instante ella se quedó sin palabras.

"¿Por qué?"

ella preguntó.

"Porque las noticias no paraban."

La respuesta la dejó paralizada de nuevo.

"¿Qué noticias?"

"Más amenazas."

Sophie sintió un miedo helado.

"¿Cuántos?"

León rió sin humor.

"Suficiente."

Siguió un largo silencio.

De repente, Sophie vio los últimos diez años desde una perspectiva diferente.

No solo su soledad.

No solo su dolor.

Pero también el suyo.

La culpa.

El miedo.

El aislamiento.

Todo.

Y sin embargo, una verdad permanecía.

Él ya había tomado su decisión.

Solo.

Sin ellos.

"Deberías haber confiado en mí."

Esta vez su voz era más baja.

Cansado.

León asintió.

"Sí."

"Podríamos haber luchado juntos."

"Sí."

"En cambio, tú decidiste mi vida."

Esta vez no respondió.

Porque no había nada que decir.

Porque tenía razón.

La tarde transcurrió en un profundo silencio. Más tarde, caminaron juntos a lo largo del río. El Salzach reflejaba la luz del sol poniente, y las montañas se teñían lentamente de dorado. Por primera vez desde su reencuentro, no hablaron del presente.

Pero ¿qué pasa con los años perdidos?

Sobre las personas que habían perdido.

Sobre sueños que nunca se hicieron realidad.

Sobre la soledad.

Y sobre la culpa.

"¿Fuiste feliz?"

Sophie preguntó en algún momento.

León no respondió de inmediato.

Entonces dijo:

"No."

Ella le creyó.

No porque ella quisiera.

Pero porque la verdad estaba escrita en su rostro.

Al caer la noche, regresaron en silencio.

León se detuvo frente a la puerta del dormitorio de Sophie.

"Sé que eso no justifica nada."

Sophie asintió.

"No."

"Pero es la verdad."

Esta vez asintió de nuevo.

"Sí."

Por primera vez.

Finalmente.

Una verdad.

No todo.

Pero lo suficiente como para cambiar el pasado para siempre.

Después de que León se marchara, Sophie se quedó junto a la puerta durante un buen rato.

El mensaje en su teléfono la atormentaba.

Si Sophie está viva, que siga desaparecida.

Diez años.

Habían pasado diez años.

Y aún así, nadie sabía quién había hecho esa amenaza.

Pero de repente Sophie tuvo la sensación de que la respuesta estaba más cerca que nunca.

Porque, en algún punto entre la desaparición de Kramer, el pasado de León y los secretos de su padre, existía una conexión.

Una conexión que aún permanecía oculta.

Y en el fondo, sospechaba que las siguientes revelaciones no solo pondrían a prueba su amor.

Pero todo aquello en lo que había creído hasta ahora.

CAPÍTULO 9

El peso de los años perdidos

Tras la conversación sobre las amenazas, Sophie ya no podía fingir que León era simplemente el hombre que la había abandonado. La historia se había complicado. Dolorosamente. La rabia que la había sostenido durante diez años no había desaparecido, pero comenzaba a resquebrajarse. Nuevos sentimientos afloraron a su alrededor: duda, compasión, confusión y la aterradora constatación de que León podría haber sufrido tanto como ella las consecuencias de aquel día. Sin embargo, una verdad permanecía innegable. Él había tomado la decisión solo. Le había arrebatado la capacidad de elegir por sí misma. Y eso aún dolía.

A la mañana siguiente, salieron juntos del hotel. Ni Sophie ni León habían sugerido desayunar juntos, pero de alguna manera coincidieron en el vestíbulo y terminaron caminando uno al lado del otro hacia el casco antiguo. Ya no había la misma comodidad entre ellos, pero tampoco una hostilidad manifiesta. Era algo diferente. Algo cauteloso. Como si dos personas estuvieran aprendiendo poco a poco a mirarse de nuevo después de una década mirando en direcciones opuestas.

Las calles de Salzburgo rebosaban de vida. Músicos tocaban en pequeñas plazas, turistas fotografiaban fachadas históricas y el aroma a pasteles recién horneados flotaba en el aire desde los cafés abiertos. Sophie recordó cuánto le gustaban las ciudades como esta.

Solía soñar con viajar por Europa con León. Por aquel entonces, habían hecho listas de lugares que querían visitar juntos: Viena, Praga, Florencia, París. La mayoría de esos viajes nunca se realizaron.

"¿En qué estás pensando?"

La voz de León la hizo volver en sí.

"Cosas que nunca sucedieron."

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

"Sí."

No tuvo que preguntar.

Él lo sabía.

Porque él tenía los mismos recuerdos.

Continuaron caminando en silencio hasta que finalmente llegaron a una pequeña plaza. Allí encontraron un café tranquilo y se sentaron afuera. El sol brillaba, pero el ambiente entre ellos seguía siendo melancólico.

Cuéntame sobre los años que siguieron dijo finalmente Sophie.

León levantó la vista sorprendido.

"¿Por qué?"

"Porque solo conozco la mitad de la historia."

Por primera vez desde que se habían reencontrado, no eludió la pregunta.

Se echó hacia atrás.

Y comenzó a contar su historia.

“Primero fui a Austria.”

Sophie escuchó atentamente.

"Luego a Italia."

"¿Solo?"

"Sí."

Su voz sonaba tranquila.

"He desempeñado diversos trabajos."

"¿Y nadie sabía dónde estabas?"

León negó con la cabeza.

"Casi nadie."

Sophie se fijó en la redacción.

"¿Casi?"

Él asintió.

"Kramer lo sabía."

Naturalmente.

Kramer otra vez.

Todas las pistas conducían a este hombre.

"¿Por qué?"

"Porque era el único en quien confiaba."

La respuesta la sorprendió.

"¿Confiabas en él?"

León rió amargamente.

"Ya entonces."

"¿Y hoy?"

Esta vez no respondió de inmediato.

"Ya no lo recuerdo."

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos.

Cuanto más aprendían sobre Kramer, más misterioso se volvía su papel.

Más tarde, pasearon a orillas del río Salzach. La conversación comenzó con tranquilidad. Hablaron de los años transcurridos, del trabajo y de las personas que habían formado parte de su pasado. Por primera vez desde su reencuentro, Sophie experimentó un momento que se sintió casi normal.

Peligrosamente normal.

Porque empezó a sentirse cómoda de nuevo a su lado.

Y eso era precisamente lo que temía.

Por la tarde llegaron a una pequeña librería. Solían pasar horas en tiendas como esa. A León le encantaban las biografías. A Sophie, las novelas. Por aquel entonces, siempre se recomendaban libros el uno al otro.

"¿Sigues leyéndolo todo de una vez?"

preguntó León de repente.

Sophie no pudo evitar reír.

"¿Te acuerdas de eso?"

"Siempre empezabas cinco libros a la vez."

"Y siempre me criticaste por eso."

"Con razón."

Por un instante, ambos rieron.

Una risa genuina.

No embargo.

No estoy triste.

Simplemente auténtico.

Cuando la sonrisa se desvaneció, Sophie se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían reído juntas.

Diez años.

Toda una vida.

Esa noche decidieron salir a cenar. No era una cita. Al menos, ninguno de los dos usó esa palabra. Aun así, les resultaba extrañamente familiar. Encontraron un pequeño restaurante con vistas al casco antiguo y se sentaron en una mesa junto a la ventana.

Mientras esperaban la comida, Sophie observaba a León.

Había envejecido.

Maduro.

Pero algunas cosas nunca habían cambiado.

La forma en que pensaba antes de hablar.

La serenidad en sus movimientos.

La atención con la que escuchaba a los demás.

Ella solía amar todas esas cualidades.

Quizás todavía lo hacía.

La idea la aterrorizaba.

"¿Qué?"

León notó su mirada.

"Nada."

"Estás pensando."

"Normalmente hago eso."

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

"Verdadero."

Sin embargo, esa familiar comodidad no duró mucho.

Poco después de que sirvieran la comida, la expresión facial de León cambió repentinamente.

Sophie lo notó de inmediato.

Su mirada estaba fija en alguien que estaba detrás de ella.

Tenso.

Sospechoso.

Casi alarmado.

"¿Qué pasa?"

León no respondió de inmediato.

En cambio, se puso de pie.

"Quédate aquí."

"León"

Pero él ya estaba en camino.

Sophie se dio la vuelta.

En el otro extremo del restaurante, un hombre estaba a punto de salir del local.

Por un instante, solo vio su espalda.

Luego desapareció en la oscuridad.

León regresó unos minutos después.

Tenía el rostro pálido.

"¿Quién era ese?"

preguntó Sophie.

"Nadie."

"No me mientas."

Cerró los ojos brevemente.

"Creo que lo conozco."

Sophie sintió inmediatamente una nueva tensión.

"¿De donde?"

"Del pasado."

La respuesta no le bastó.

"¿Desde cuándo en el pasado?"

León miró por la ventana.

"Desde entonces."

El aire parecía volverse más denso.

"¿Esto tiene algo que ver con las amenazas?"

No respondió.

Y ese silencio fue suficiente.

Por primera vez desde su reencuentro, Sophie sintió que el pasado no era solo un recuerdo.

Pero hay algo que aún podría atormentarla.

Después de cenar, regresaron al hotel en silencio. León se detuvo justo antes de la entrada.

“Sophie.”

Su voz sonaba inusualmente seria.

"Si ocurre algo, llámame inmediatamente."

Ella frunció el ceño.

"¿Qué va a pasar?"

"Pase lo que pase."

No le gustó la respuesta.

De nada.

"León."

"Prométemelo."

Ella lo miró por un momento.

Entonces asintió lentamente.

"DE ACUERDO."

Pero el nerviosismo persistía.

Más tarde, en su habitación, intentó distraerse. Leyó algunos correos electrónicos, respondió mensajes y, finalmente, volvió a abrir el antiguo álbum de fotos en su teléfono. A estas alturas, ya casi se había convertido en una costumbre.

Una imagen tras otra se deslizaban por la pantalla.

Entonces se detuvo de repente.

Otra foto.

Incluso más antiguo que el primero.

León fue fotografiado de nuevo.

De nuevo en el ojo público.

Y una vez más, el mismo hombre estaba en segundo plano.

No Kramer.

Otro.

Desenfocado.

Pero él estaba allí.

La misma persona que León aparentemente había reconocido en el restaurante.

Sophie se incorporó.

Su corazón comenzó a latir más rápido.

Esto ya no era una coincidencia.

En dos fotos.

A intervalos de meses.

Siempre cerca de ella.

Siempre en segundo plano.

Como si alguien los estuviera observando.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Inmediatamente agarró el teléfono.

Unos minutos después, León llamó a su puerta.

En cuanto vio la fotografía, se le fue el color de la cara.

"¿De dónde sacaste eso?"

"De mis fotos antiguas."

Se le acalambraron las manos.

"León."

Su voz se fue apagando.

"¿Quién es este hombre?"

No respondió durante mucho tiempo.

Luego, lentamente, se sentó en una silla.

Y Sophie se dio cuenta inmediatamente de que la respuesta sería mala.

Muy mal.

"Pensé que estaba muerto."

Sus palabras le paralizaron el corazón.

"¿Qué?"

León se quedó mirando la foto.

Es como si un fantasma nos estuviera mirando desde allí.

"Este es el hombre al que mi padre temía."

El mundo pareció detenerse.

Sophie solo podía oír los latidos de su propio corazón.

"¿Quién es él?"

ella preguntó.

León levantó la mirada lentamente.

Sus ojos reflejaban puro miedo.

No es un recuerdo.

No es tu culpa.

Miedo.

"El hombre que tal vez lo empezó todo."

Siguió un largo silencio.

Afuera, las luces de Salzburgo brillaban en la oscuridad.

Pero de repente, en la habitación, sintieron como si el pasado estuviera justo delante de ellos.

No como un recuerdo.

No como dolor.

Pero como un peligro.

Y por primera vez, Sophie comprendió que la verdad sobre la boda que nunca se había celebrado estaba lejos de ser revelada por completo.

De lo contrario.

Quizás esto sea solo el comienzo.

CAPÍTULO 10

Toda la verdad

Después de que León reconociera al hombre de la fotografía, algo cambió entre ellos. El pasado ya no era solo un conjunto de recuerdos dolorosos. Se había convertido en una amenaza latente. Sophie pasó la noche en vela, dándole vueltas a sus palabras. El hombre que tal vez lo había iniciado todo. Oía esa frase una y otra vez. Al mismo tiempo, presentía que León había llegado a un punto en el que ya no podía guardar silencio. Demasiados secretos habían salido a la luz. Demasiadas preguntas se interponían entre ellos. Si su historia alguna vez iba a tener un final, la verdad completa debía revelarse ahora.

A la mañana siguiente, León llamó a su puerta poco después de las ocho. Cuando Sophie abrió, enseguida se dio cuenta de que algo había sucedido. Su rostro reflejaba tensión, pero también determinación. Era la misma expresión que había visto en ocasiones cuando él tomaba una decisión difícil.

"Tenemos que hablar."

Esta vez no la contradijo.

Unos minutos más tarde, estaban sentados en una terraza apartada detrás del hotel. El cielo sobre Salzburgo estaba gris y una suave brisa susurraba entre los árboles. El ambiente era propicio para lo que estaba por venir.

León permaneció en silencio durante un largo rato.

Entonces comenzó.

"No te lo he contado todo."

Sophie asintió.

"Eso me quedó claro."

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

Pero desapareció inmediatamente.

"El hombre de la foto se llama Viktor Stein."

El nombre no significaba nada para ella.

"¿Quién es él?"

León respiró hondo.

"Hace diez años, era uno de los socios comerciales de mi padre."

Sophie escuchó atentamente.

"Oficialmente."

El énfasis hizo que se incorporara y prestara atención.

"¿Y extraoficialmente?"

"Era la persona más peligrosa que mi padre conocía."

Sus palabras le provocaron un escalofrío.

León contempló la ciudad.

Como si tuviera que obligarse a seguir hablando.

"Mi padre no fue el cerebro detrás de las actividades ilegales."

Sophie se enteró de esta posibilidad por primera vez.

"¿No?"

"No."

Su voz se tornó amarga.

"Él solo era una parte de ello."

Solo.

La palabra sonaba absurda.

Y sin embargo, ella comprendió lo que León quería decir.

Al parecer, había alguien aún más involucrado en todo.

Alguien a quien incluso su padre temía.

Viktor Stein.

"Kramer lo sabía."

León asintió.

"Sí."

"¿Por eso quería conocerte?"

"Por eso quería impedir que nos casáramos."

Sophie sintió cómo las distintas piezas se iban uniendo poco a poco.

"Pensaba que yo estaba en peligro."

"Ese eras tú."

La respuesta llegó de inmediato.

Sin dudarlo.

Sin incertidumbre.

Sophie tragó saliva.

Por primera vez, León parecía completamente convencido.

"¿Por qué?"

León cerró los ojos brevemente.

Luego continuó hablando.

"Porque mi padre había empezado a cooperar con las autoridades poco antes de su detención."

Sophie se quedó paralizada.

"¿Como informante?"

"Sí."

De repente, muchas cosas cobraron sentido.

Las amenazas.

El miedo.

El pánico.

“¿Viktor lo sabía?”

"No de inmediato."

La voz de León se fue apagando.

"Pero tarde o temprano se habría enterado."

Un silencio gélido se instaló entre ellos.

Sophie empezó a comprender.

No solo lo que había sucedido.

¿Pero por qué?

"Pensaste que me convertiría en un objetivo."

"No estaba seguro."

Leon la miró.

"Pero no podía correr ese riesgo."

Permaneció en silencio por un momento.

Entonces formuló la pregunta que llevaba días ardiendo en su corazón.

"¿Por qué no me lo dijiste?"

Esta vez no lo esquivó.

"Porque tenía miedo."

"¿Antes de Viktor?"

"Sobre todo."

Se rió amargamente.

"De la verdad. De las consecuencias. De la posibilidad de perderse a uno mismo."

Sophie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

"Y eso es exactamente lo que hiciste."

León asintió.

Lento.

Doloroso.

"Sí."

La sinceridad de su respuesta dolió casi más que cualquier excusa.

Porque no endulzó nada.

Porque era la verdad.

Permanecieron sentados en silencio uno al lado del otro durante un largo rato.

El viento arreció.

Nubes grises se desplazaban por el cielo.

"Hay algo más."

La voz de León finalmente rompió el silencio.

Sophie sintió inmediatamente una nueva tensión.

"¿Qué?"

No respondió de inmediato.

Entonces metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Y sacó un sobre.

Viejo.

Gastado.

Amarillento.

"¿Qué es eso?"

León lo abrazó con fuerza.

Sentía que tan solo el roce era doloroso.

"Una carta."

Sophie frunció el ceño.

"¿De quién?"

Sus miradas se encontraron.

"De mi parte."

Por un momento no lo entendió.

Entonces ella jadeó.

"¿Qué?"

“Le escribí en aquel entonces.”

Sus manos comenzaron a temblar ligeramente.

"¿Cuando?"

"Dos días después de nuestra boda."

El mundo pareció detenerse.

Una carta.

Dos días después.

"¿Por qué nunca lo conseguí?"

La pregunta apenas se oía.

León cerró los ojos.

"Porque nunca lo envié."

Sophie sintió de repente que la ira crecía en su interior.

Caliente.

Viejo.

Una ira familiar.

"¿Escribiste una carta y nunca la enviaste?"

"Sí."

"¿Por qué?"

León rió sin humor.

"Porque fui un cobarde."

Por primera vez desde que se habían reencontrado, él mismo utilizó esa palabra.

Cobardemente.

No son víctimas.

No son protectores.

No estoy enamorado.

Simplemente cobarde.

"¿Puedo leerlo?"

preguntó Sophie.

León dudó.

Entonces asintió.

Lentamente le entregó el sobre.

Sus manos temblaron aún más al sacar el papel.

Reconoció la letra inmediatamente.

León.

Joven.

De confianza.

Perdido.

Ella comenzó a leer.

Sofía,

Si alguna vez lees esta carta, significa que reuní el valor para enviarla. No sé cómo explicar lo que he hecho. Quizás no haya explicación. Quizás siempre seré el hombre que te dejó plantada en el altar. Pero te juro que te amo. Más de lo que he amado a nadie.

Sophie sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ella continuó leyendo.

No sé si estoy haciendo lo correcto. Probablemente no. Tal vez estoy arruinando nuestras vidas. Tal vez estoy salvando la tuya. Lo único que sé es que no puedo vivir con la idea de que te pase algo. Si desaparezco, me odiarás. Y tal vez eso sea mejor que te lastime por mi culpa.

Las palabras se desdibujaron ante sus ojos.

Diez años.

Esta carta existía desde hacía diez años.

Y ella nunca había sabido de él.

Cuando terminó, apenas podía respirar.

"¿Por qué?"

ella preguntó.

Esa palabra otra vez.

Por qué.

León no respondió de inmediato.

Entonces dijo:

"Porque quería enviarlo todos los días."

Sophie lo miró.

"¿Y?"

"Y todos los días tenía miedo."

La respuesta destruyó algo en su interior.

No por crueldad.

Pero porque era tan humana.

Tan defectuoso.

Qué trágico.

Ella lo comprendió.

Y al mismo tiempo, no podía perdonarlo.

Aún no.

"Me has robado diez años."

Las palabras salieron en voz baja.

León asintió.

"Lo sé."

"Diez años."

"Lo sé."

"¿Sabes cuántas veces pensé que no era suficiente?"

Por primera vez, vio lágrimas en sus ojos.

“Sophie…”

"¿Cuántas veces me he preguntado qué me pasa?"

Sus hombros se desplomaron.

"Nada."

La respuesta llegó de inmediato.

"Nunca hubo nada malo en ti."

"Pero te fuiste."

"Porque tenía miedo."

Finalmente, se había dicho la verdad.

Completo.

Desnudo.

Desagradable.

No es heroico.

No es romántico.

No es elegante.

Simplemente humano.

León no la había dejado porque no la amara.

La había abandonado porque creía que tenía que protegerla.

Y porque tenía demasiado miedo de decirle la verdad.

Esa constatación lo cambió todo.

Y al mismo tiempo, nada.

Porque aunque ahora comprendía por qué se había marchado, el dolor persistía.

Comprender no significaba automáticamente perdonar.

Esa noche se despidieron sin discutir.

Sin dramas.

Sin palabras fuertes.

Pero una nueva fuerza gravitatoria se interponía entre ellos.

Finalmente se supo la verdad.

Y ahora tenían que aprender a vivir con ella.

Más tarde, Sophie se quedó sola junto a la ventana de su habitación de hotel, contemplando las luces de Salzburgo. Pensó en la carta. En los años perdidos. En el joven que había creído que debía salvarla y que, al hacerlo, lo había destruido todo.

Por primera vez desde su reencuentro, no lloró de rabia.

Pero por dolor.

Lamentando la vida que podrían haber tenido.

Lamentando los años que nadie pudo devolverles.

Luto por la boda que nunca se celebró.

Pero en lo más profundo, debajo de todo el dolor, yacía algo más.

Una constatación que no podía ignorar.

León la había amado.

En ese tiempo.

Y probablemente todavía lo sea.

La única pregunta era si el amor aún podría ser suficiente después de diez años perdidos.

O si algunos errores fueron demasiado grandes como para ser perdonados.

Al caer la noche sobre Salzburgo, Sophie sabía que la decisión más difícil de su vida aún estaba por llegar.

Porque la verdad había respondido a sus preguntas.

Pero no le había dicho qué hacer con las respuestas.

CAPÍTULO 11

¿Demasiado tarde para nosotros?

La verdad finalmente había salido a la luz, pero no trajo consuelo. En cambio, Sophie sintió como si alguien hubiera desenterrado el pasado, dejando al descubierto todas las heridas que había curado con tanto esfuerzo a lo largo de los años. Ahora entendía por qué León había desaparecido. Entendía su miedo, sus errores e incluso sus motivos. Pero entender no era lo mismo que perdonar. Cuando despertó la mañana después de su confesión, se sintió vacía. No enojada. No triste. Simplemente agotada. Durante diez años, había creído que las respuestas aliviarían el dolor. Ahora sabía que algunas verdades pesaban más que la incertidumbre.

Pasó la mañana sola. Sin mensajes. Sin llamadas. Sin León. Por primera vez desde que se habían reencontrado, buscó conscientemente la distancia. Caminó por Salzburgo sin rumbo fijo, pasando por edificios antiguos, pequeñas tiendas y plazas bulliciosas. La gente reía, se tomaba de la mano y planeaba su día. Todo parecía normal. Casi envidiablemente normal.

Sophie se preguntaba cuándo su propia vida se había vuelto tan complicada.

Quizás hace diez años.

Quizás incluso antes.

Quizás el día que conoció a León.

Ella misma no sabía la respuesta.

A primera hora de la tarde, se sentó en un banco con vistas al río Salzach. El agua fluía tranquilamente por la ciudad, como si jamás hubiera oído hablar de desamor. Sophie sacó la carta que León le había dado.

Leyó cada línea una y otra vez.

Cada palabra.

Cualquier disculpa.

Cada declaración de amor.

La carta era sincera.

Ella no tenía ninguna duda al respecto.

Pero la honestidad no cambiaba el hecho de que nunca se había enviado.

Ese era precisamente el problema.

No en las palabras.

Pero en silencio.

Una sombra se proyectó sobre la orilla.

Sophie levantó la vista.

León.

Naturalmente.

Por un momento, nadie dijo nada.

Luego, con cuidado, se sentó a su lado.

Con suficiente distancia.

Como si tuviera miedo de acercarse demasiado a ella.

"No quería molestarte."

"Pero sí lo haces."

La respuesta sonó más tajante de lo que ella pretendía.

León asintió.

"Entender."

No se puso de pie.

Simplemente me quedé sentado.

Silenciosamente.

Pasaron los minutos.

Finalmente, fue Sophie quien habló.

"¿Qué haces aquí?"

León miró el río.

"Porque ya no quiero huir."

Aquellas palabras la pillaron desprevenida.

"Diez años demasiado tarde."

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

"Sí."

Ninguna defensa.

Sin excusas.

Solo acuerdo.

De nuevo, esa honestidad.

Y una vez más, hizo que fuera más difícil seguir enfadado.

"¿Qué esperas realmente?"

Sophie finalmente preguntó.

León no respondió de inmediato.

"Nada."

"No lo creo."

"Es cierto."

Él la miró.

"No espero perdón."

"¿Y no hay una segunda oportunidad?"

Por un instante, hubo dolor en su mirada.

Entonces bajó la mirada.

"Los quiero."

La respuesta fue silenciosa.

Casi frágil.

“Pero no puedo esperarlos.”

Sophie sintió que algo se tensaba en su interior.

Porque reconoció la verdad en ello.

Porque él no la presionó.

Porque sabía lo que había destruido.

Y porque eso era precisamente lo que hacía que su corazón se volviera peligrosamente blando.

Esa noche, se reunió con su mejor amiga Hannah por videollamada. Hannah había sido una de las pocas personas que la habían apoyado durante los peores meses. Nadie conocía mejor su historia.

"Tienes un aspecto terrible."

Sophie no pudo evitar reír.

"Gracias."

"Lo dije como un cumplido."

"Naturalmente."

Hannah se puso seria.

"¿Cómo estás realmente?"

Sophie permaneció en silencio durante unos segundos.

Entonces ella respondió con sinceridad.

"No lo sé."

"¿Y Leon?"

Su nombre por sí solo cambió el ambiente.

"Me lo contó todo."

Hannah frunció el ceño.

"¿Todo?"

"Al menos eso creo yo."

Ella informó sobre las amenazas.

Por Viktor Stein.

De la carta.

De los años perdidos.

Hannah escuchó atentamente.

Cuando Sophie terminó de hablar, se hizo el silencio.

"¿Y?"

Sophie finalmente preguntó.

"¿Y qué?"

"¿Qué opinas?"

Hannah se echó hacia atrás.

"Creo que te quería."

Sophie sintió un pinchazo.

"Eso no ayuda."

"Lo sé."

"Y creo que cometió un error imperdonable."

Sophie asintió lentamente.

"Sí."

"Pero él mismo lo sabe."

El silencio volvió a reinar.

Entonces Hannah dijo algo que Sophie no se esperaba.

"La verdadera cuestión no es si se lo merecía."

"¿Bastante?"

"¿Sigues sintiendo algo por él?"

Sophie no respondió.

Porque ella ya sabía la respuesta.

Y porque le tenía miedo.

Más tarde esa noche, volvieron a llamar a su puerta. Esta vez supo de inmediato que era Leon. Pero cuando abrió, se encontró con un empleado del hotel.

"¿Señora Hartmann?"

"¿Sí?"

"Esto ha sido entregado para usted."

Él le entregó un sobre.

No hay información del remitente.

Sin nombre.

Sophie se sintió incómoda de inmediato.

"¿De quién?"

"Lamentablemente, no lo sabemos."

Después de que el empleado se marchara, ella miró el sobre durante unos segundos.

Entonces ella lo abrió.

Contenía únicamente una hoja de papel.

Sin firma.

Sin explicación.

Una sola frase.

Pregúntale a León sobre el hospital.

Sophie se quedó paralizada.

Eso era todo lo que decía.

Nada.

Solo estas seis palabras.

Las leyó de nuevo.

Y otra vez.

El hospital.

¿Qué hospital?

¿De qué trataba el reportaje?

Inmediatamente agarró el teléfono.

Pero antes de que pudiera llamar a Leon, ya habían llamado a su puerta.

Esta vez sí que era él.

Sophie abrió la puerta.

Sin saludo.

Sin previo aviso.

Ella le tendió el papel.

En cuanto su mirada se posó en ella, perdió todo color.

"¿De dónde sacaste eso?"

Su voz era apenas audible.

"Eso es lo que te pregunto."

León se quedó mirando el mensaje.

Durante segundos.

Entonces cerró los ojos.

"Maldito."

Esa sola palabra bastó.

Sophie sintió inmediatamente una nueva tensión.

"León."

Sin respuesta.

"¿Qué hospital?"

Permaneció en silencio.

Y de repente sintió la misma frustración que el primer día de su reencuentro.

"Otra vez no."

“Sophie”

"No."

Ella dio un paso atrás.

"No más secretos."

León se pasó la mano por el pelo.

Evidentemente, estaba luchando consigo mismo.

"Nunca quise contarte esto."

"Demasiado tarde."

Su voz se volvió más aguda.

"Obviamente alguien lo sabe."

No dijo nada durante mucho tiempo.

Luego, lentamente, se sentó en una silla.

Y Sophie supo inmediatamente que estaba a punto de escuchar la siguiente verdad.

Una verdad que le resultó tan difícil de aceptar como todas las anteriores.

"Al día siguiente de mi boda, tuve un accidente."

Aquellas palabras la dejaron paralizada.

"¿Qué?"

León asintió.

"De camino desde Múnich."

Sophie lo miró fijamente.

"¿Por qué nunca mencionaste eso?"

"Porque no habría cambiado nada."

"Eso no depende de ti."

Por primera vez, su voz también se hizo más fuerte.

“Estuve tres semanas en el hospital, Sophie.”

El aire pareció desaparecer de la habitación.

"¿Qué?"

"Tres semanas."

Apenas podía respirar.

"¿Por qué no sé esto?"

Una sonrisa amarga apareció en su rostro.

"Porque nadie sabía quién era yo."

Sophie no entendió.

"¿Qué opinas?"

"Sufrí una lesión grave en la cabeza."

Poco a poco, la verdad comenzó a revelarse.

Y con ello, un nuevo horror.

“León...”

"No recordaba nada."

Aquellas palabras la golpearon como un jarro de agua fría.

Durante varios segundos, nadie dijo nada.

Sophie solo podía oír los latidos de su propio corazón.

"¿Tuviste amnesia?"

Finalmente preguntó.

León asintió.

Lento.

"Parcialmente."

El mundo pareció cambiar de nuevo.

Otra verdad.

Otra capa.

Otra herida.

"¿Cuánto tiempo?"

"Varios meses."

Sophie se dejó caer en la silla frente a ella.

Sentía la cabeza en blanco.

"Dios mío."

León rió sin humor.

"Eso es exactamente lo que pensé."

Por primera vez, parecía completamente agotado.

No como un hombre que estuviera escondiendo algo.

Pero como alguien que estaba cansado de cargar con su pasado.

"¿Y cuando recuperó la memoria?"

Sophie preguntó en voz baja.

"¿Ya has desaparecido?"

La respuesta casi le rompió el corazón.

Porque reconoció la tragedia que encierra.

Porque de repente comprendió cuántos desastres se habían sucedido uno tras otro.

Una decisión.

Una amenaza.

Una huida.

Un accidente.

Meses de memoria perdida.

Y finalmente, años llenos de culpa.

Pero a pesar de todo, una verdad permanecía.

Finalmente se recuperó.

Y sin embargo, habían pasado diez años.

"¿Por qué no regresaste entonces?"

ella preguntó.

Esta vez León respondió de inmediato.

"Porque pensé que estarías mejor sin mí."

Aquellas palabras la impactaron más que cualquier otra cosa.

No por su lógica.

Pero por su cobardía.

Miedo de nuevo.

Miedo una y otra vez.

Y de repente Sophie comprendió algo crucial.

Viktor Stein nunca había sido el mayor opositor a su amor.

No la policía.

No el pasado.

Ni siquiera las amenazas.

Pero el miedo de León.

Diez años atrás, ella le había arrebatado a la mujer que amaba.

Y seguía amenazando con hacerlo.

Al caer la noche sobre Salzburgo, permanecieron sentados uno frente al otro en silencio.

La verdad se había vuelto más evidente una vez más.

Más complicado.

Más triste.

Y sin embargo, paso a paso, se fueron acercando a ella.

Pero Sophie ya sabía algo más para entonces.

La verdad por sí sola no sería suficiente.

Aunque respondieran a todas y cada una de las preguntas, la más difícil seguiría sin respuesta.

¿Se puede perdonar a alguien que te ha perdido por amor?

¿O acaso algún amor estaba destinado a llegar demasiado tarde?

CAPÍTULO 12

La pausa

Tras la revelación del accidente, Sophie sintió como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies una vez más. Cada verdad que León revelaba hacía que el pasado fuera más comprensible, pero a la vez más difícil de soportar. El dolor no había desaparecido; simplemente había cambiado de forma. Antes, era sencillo: León la había abandonado. Ahora, se componía de innumerables capas: miedo, culpa, secretos, tiempo perdido y decisiones tomadas por amor que, sin embargo, lo habían destruido todo. Aun así, había un punto que Sophie no podía ignorar. León nunca había confiado en ella. Siempre había decidido solo lo que era mejor para ella. Y fue precisamente este pensamiento lo que reabrió la vieja herida.

A la mañana siguiente llovía en Salzburgo. Nubes grises cubrían la ciudad y las calles brillaban con el agua. Sophie se sentó un buen rato junto a la ventana de su habitación, observando a la gente con sus paraguas. No había visto a León desde su conversación la noche anterior. No porque no pudiera, sino porque necesitaba espacio.

Por primera vez desde su reencuentro, se preguntó seriamente si el perdón era siquiera posible.

El amor era complicado.

Pero la confianza era más complicada.

Y la suya había sido destruida hacía diez años.

Alrededor del mediodía recibió un mensaje.

No es de León.

De un número desconocido.

Si quieres saber la verdad sobre Viktor Stein, nos vemos a las 2 de la tarde. A solas.

Sin nombre.

No hay más información.

Sophie se quedó mirando la pantalla durante un buen rato.

Cualquier persona razonable habría ignorado el mensaje.

Pero los últimos días le habían demostrado que la verdad a menudo se encuentra donde menos se espera.

Así que se fue.

La reunión debía tener lugar en un pequeño café a las afueras del casco antiguo. En cuanto Sophie entró, vio al hombre.

Señor Kramer.

Estaba vivo.

No había desaparecido.

Al menos no de forma permanente.

En cuanto la vio, se puso de pie.

"Gracias por venir."

Sophie se detuvo.

Entre el alivio y la ira.

"Podrían habernos contactado antes."

Kramer asintió.

"Sí."

"¿Dónde estabas?"

"Oculto."

La respuesta ya ni siquiera la sorprendía.

Basándose en todo lo que sabía hasta entonces, sonaba casi lógico.

"¿Por qué?"

El hombre mayor echó un vistazo rápido por la ventana.

"Porque alguien empezó a hacer preguntas."

Sophie se sentó.

"¿OMS?"

“Viktor Stein.”

El nombre por sí solo cambió el ambiente.

"Así que realmente está vivo."

Kramer asintió.

"Sí."

"¿Y él sabe que León está aquí?"

"Probablemente."

Sophie sintió un escalofrío.

"¿Qué quieres decirme?"

Kramer permaneció en silencio por un momento.

Entonces pronunció las palabras que lo cambiaron todo.

"León no conoce toda la verdad."

Sophie se quedó paralizada.

"¿Qué?"

"Él cree que su padre cooperó con las autoridades."

"¿No es así?"

Kramer negó lentamente con la cabeza.

"No voluntariamente."

El aire parecía volverse denso.

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Alguien le obligó a hacerlo."

Sophie frunció el ceño.

"¿OMS?"

Kramer la miró directamente a los ojos.

"I."

Por un momento, Sophie no estuvo segura de haber oído bien.

"¿Ella?"

"Sí."

Su voz era tranquila.

Casi demasiado silencioso.

"¿Por qué?"

"Porque yo mismo trabajé para Viktor en aquel entonces."

El mundo pareció detenerse.

Sophie lo miró fijamente.

Incapaz de hablar.

"¿Trabajaste para él?"

"Muchos años."

"¿Y ahora me dices eso?"

Kramer asintió.

"Porque no quiero llevarme este error a la tumba."

Por primera vez, el anciano parecía realmente destrozado.

"Pensé que estaba haciendo lo correcto."

"¿Destruyendo la vida de León?"

La pregunta resultó más tajante de lo que Sophie pretendía.

Pero Kramer no estaba en desacuerdo.

"Sí."

Bajó la mirada.

"Tal vez."

La respuesta la dejó sin palabras.

Por primera vez, conoció a alguien tan culpable como León.

Quizás incluso más.

"¿Qué ocurrió realmente el día de la boda?"

ella preguntó.

Kramer cerró los ojos brevemente.

"Le dije la verdad a León."

"¿Qué verdad?"

"Que Viktor planeaba presionar a su padre."

Sophie escuchó atentamente.

"¿Y?"

"Pensaba que una boda lo complicaría todo."

"Así que lo convenciste de desaparecer."

"Sí."

La sencillez de su respuesta casi la enfureció.

Un sí rotundo.

Y se perdieron diez años.

"No tenían derecho a hacer eso."

"Lo sé."

Esas palabras otra vez.

Todo el mundo se enteraba de todo después.

Demasiado tarde.

Demasiado tarde.

Al salir del café, Sophie se sentía agotada. Cada nueva verdad parecía plantear más preguntas. Nada era sencillo. Nada era claro. La historia de su boda fallida estaba llena de gente que creía estar haciendo lo correcto, pero en realidad, lo estaban haciendo todo mal.

Caminó durante mucho tiempo bajo la lluvia.

Sin objetivo.

Sin dirección.

Cuando finalmente regresó al hotel, León ya la estaba esperando en el vestíbulo.

En cuanto la vio, se puso de pie.

"¿Dónde has estado?"

"En casa de Kramer."

Su rostro cambió al instante.

"¿Qué?"

"Experimentado."

León cerró los ojos brevemente.

Obviamente, esta noticia no le sorprendió.

"¿Qué dijo?"

Sophie dudó.

Entonces ella le contó todo.

Palabra por palabra.

Con cada minuto que pasaba, el rostro de León se ponía más pálido.

Cuando terminó, se hizo el silencio.

Una difícil.

Silencio peligroso.

"Mintió."

Las palabras salieron en voz baja.

Casi silencioso.

"Tal vez."

"No."

Por primera vez en días, León parecía enfadado.

Absolutamente furioso.

"Mintió."

Sophie se cruzó de brazos.

"¿Por qué?"

"Porque siempre miente."

Algo en su voz la hizo incorporarse y prestar atención.

"Confiabas en él."

"Más temprano."

Su mirada se ensombreció.

"Ese fue mi error."

Por primera vez, Sophie comprendió la verdadera magnitud de la traición.

No solo entre ella y Leon.

Pero también entre Leon y Kramer.

Todos tenían secretos que guardarse los unos a los otros.

Todos habían tomado decisiones.

Todos habían herido a alguien.

"Ya no sé en quién creer."

Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera detenerlas.

León se quedó paralizado.

Inmediatamente.

Como si ella le hubiera pegado.

"Entender."

Su voz se calmó.

Demasiado silencioso.

Sophie lo notó de inmediato.

La distancia.

La lesión.

"León-"

"No."

Negó con la cabeza lentamente.

"Tienes razón."

"Eso no es lo que quise decir."

"Pero."

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

"De hecho, ya."

Por primera vez desde que se habían reencontrado, Sophie vio resignación en sus ojos.

No tengas miedo.

No es tu culpa.

Renuncia.

Algo en su interior comenzó a protestar.

Pero ella no sabía por qué.

"Necesito tiempo."

Las palabras salieron en voz baja.

León asintió.

"Naturalmente."

"Necesito pensar."

"Entiendo."

Y lo decía en serio.

Eso empeoró todo.

Porque no peleó.

Él no preguntó.

Él no empujó.

Él aceptó.

Como alguien que ya había perdido.

Esa tarde, Sophie hizo la maleta. Había decidido acortar parte de su viaje. No porque quisiera escapar, sino porque necesitaba espacio. Demasiadas verdades. Demasiados sentimientos. Demasiados recuerdos.

Más tarde, cuando entró en el vestíbulo con su maleta, León estaba de pie en la salida.

Obviamente le habían dicho que ella se iba.

Por un instante se miraron en silencio.

Entonces dio un paso más cerca.

"¿Te vas a casa?"

"Sí."

León asintió.

Lento.

"DE ACUERDO."

No dijo nada más.

No es una gran confesión.

No hubo una despedida dramática.

Solo esta palabra.

DE ACUERDO.

Y de repente dolió más que cualquier declaración de amor.

"¿Eso es todo?"

preguntó Sophie.

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

"¿Qué puedo decir?"

Ella misma no lo sabía.

Quizás ella esperaba que él la detuviera.

Quizás ella esperaba que él luchara.

Quizás una parte de ella quería oír que él todavía la amaba.

Pero León no dijo nada al respecto.

En cambio, simplemente la miró.

Con toda la tristeza de diez años perdidos.

"Cuídate, Sophie."

Aquellas palabras la pillaron desprevenida.

Porque eran honestos.

Porque sonaban definitivas.

Porque parecían una despedida.

Ella asintió.

Luego se fue.

Sin darse la vuelta.

Sin mirar atrás.

Pero mientras el taxi recorría las calles empapadas por la lluvia de Salzburgo, sintió que algo se rompía en su interior.

No porque ella dejara a León.

Pero de repente se dio cuenta de que tal vez nunca lo había perdido realmente.

Y eso es precisamente lo que lo hizo todo tan doloroso.

Mientras la ciudad desaparecía lentamente tras ella, Sophie miró por la ventana hacia el cielo gris.

Finalmente, la verdad había salido a la luz.

Casi completamente.

Pero en lugar de paz, solo había dejado nuevas dudas.

Por ahora, se enfrentaba a la decisión más difícil de su vida.

¿Podría perdonar a un hombre que le había roto el corazón?

¿O acaso algún amor, a pesar de todos los sentimientos, estaba destinado a permanecer en el pasado?

Por primera vez, Sophie no sabía la respuesta.

Y eso fue precisamente lo que la asustó.

CAPÍTULO 13

El camino de regreso

El viaje en tren a Múnich se le hizo más largo de lo que realmente fue. Mientras el paisaje desfilaba ante la ventana, Sophie permanecía inmóvil en su asiento, mirando las nubes grises. Salzburgo había quedado atrás hacía horas, pero sus pensamientos seguían ahí. Con León. Con las verdades que había descubierto. Con las cosas que nunca habían sucedido. Había creído que la distancia le traería claridad. En cambio, se sentía perdida. Porque, por primera vez en diez años, la imagen que tenía de su pasado se había hecho añicos por completo.

Cuando entró en su apartamento aquella noche, la recibió el silencio habitual. Solía apreciar esa tranquilidad. Ahora se sentía vacía. Las habitaciones le parecieron de repente más grandes de lo normal. Más frías. Dejó la maleta, se dirigió automáticamente a la cocina y se preparó un té. Todo sucedió mecánicamente. Sus pensamientos estaban en otra parte.

Ella seguía viendo el rostro de León ante sus ojos.

Su culpa.

Su honestidad.

Su miedo.

Y sobre todo su mirada cuando ella salió del hotel.

No podía sacarse esa mirada de la cabeza.

Los días siguientes fueron extraños. Sophie intentó retomar su rutina habitual. Trabajó. Se reunió con amigos. Respondió correos electrónicos. Pero nada le parecía realmente importante. Se sorprendía a sí misma mirando el teléfono, no porque estuviera esperando un mensaje.

Pero porque esperaba recibir uno.

Pero León no escribía.

No hubo llamada telefónica.

Sin mensaje.

Nada.

Y aunque se había convencido de que eso era exactamente lo que quería, el silencio la decepcionó más de lo que esperaba.

Una semana después, se reunió con Hannah para cenar. Las dos se sentaron en un pequeño restaurante cerca del río Isar, y después de solo unos minutos, Hannah notó que Sophie apenas le prestaba atención.

"Estás pensando en él."

Sophie levantó la vista.

"¿Es tan obvio?"

"Peor."

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Sophie.

"Tal vez."

Hannah dejó el tenedor a un lado.

"Entonces deja de huir de ti mismo."

Aquellas palabras pillaron a Sophie desprevenida.

"No voy a huir."

"Pero."

Su amiga la miró fijamente.

"Desde hace una semana."

Sophie quería objetar.

Pero no pudo.

Porque Hannah tenía razón.

"Me hizo daño."

"Sí."

"Mucho."

"Sí."

"Y aún así lo echo de menos."

Hannah asintió.

"Eso se llama amor."

Sophie rió amargamente.

"El amor debería ser más sencillo."

"¿Quién te dijo eso?"

Esa noche, Sophie sonrió de verdad por primera vez.

Pero la sonrisa desapareció rápidamente de nuevo.

"No sé si puedo confiar en él."

Hannah guardó silencio por un momento.

Entonces ella dijo:

"Quizás no se trate de si confías en él o no."

"¿Bastante?"

"Si estás listo para intentarlo de nuevo."

La pregunta permaneció en la mente de Sophie durante mucho tiempo.

Incluso más tarde.

Incluso de noche.

Y hasta a la mañana siguiente.

Tres días después, recibió una llamada. No reconoció el número. Al principio, no quiso contestar. Pero algo la detuvo.

"¿Hola?"

"¿Señora Hartmann?"

La voz era masculina.

Desconocido.

"¿Sí?"

"Mi nombre es Markus Stein."

Sophie se quedó paralizada.

Piedra.

Inmediatamente.

"¿Qué deseas?"

La respuesta la sorprendió.

"Me gustaría reunirme con usted."

"¿Por qué?"

"Porque se trata de mi padre."

El aire parecía volverse más denso.

“¿Viktor Stein?”

"Sí."

Sophie no sabía qué decir.

"Creo que deberías saber la verdad."

Esas palabras otra vez.

Siempre la verdad.

Ella estaba harta de eso.

Y sin embargo, aceptó la reunión.

Dos días después, se sentó frente a un hombre que guardaba poca semejanza con la imagen que se había formado de Viktor Stein. Markus parecía amable. Tranquilo. Agotado.

No es peligroso.

No es amenazante.

"Gracias por venir."

Sophie se cruzó de brazos.

"¿De qué se trata?"

Markus echó un vistazo rápido a sus manos.

Entonces respondió.

"Mi padre falleció hace seis años."

Aquellas palabras la pillaron desprevenida.

"¿Qué?"

"Infarto de miocardio."

Por un instante, Sophie no supo qué sentir.

Viktor Stein.

Muerto.

Durante años.

"¿León no lo sabe?"

"No."

Markus negó con la cabeza.

"Solo unas pocas personas lo saben."

“¿Por qué me estás contando esto?”

Markus respiró hondo.

"Porque mi padre no era el hombre que todos creían que era."

Sophie percibió de inmediato el escepticismo.

"Muchos niños dicen eso."

"Verdadero."

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

"Pero tengo pruebas."

Sacó lentamente una carpeta.

Contenía documentos antiguos.

Letras.

Notas.

Documentos.

Sophie lo hojeó con atención.

Cuanto más leía, mayor era su confusión.

Porque los documentos revelaron algo inesperado.

Al parecer, Viktor Stein había intentado detener al padre de Leon.

No se debe apoyar.

Para detenerse.

"Eso no tiene sentido."

Markus asintió.

"Lo sé."

“Todo el mundo dice lo contrario.”

"Porque nadie conoce la historia completa."

Sophie se sintió repentinamente agotada.

Otra nueva verdad.

Otra foto nueva.

Otro secreto más.

Cuando finalmente cerró la carpeta, solo sabía una cosa.

Nada había sido nunca como ella creía.

Esa tarde, sentada sola en su apartamento, volvió a mirar los documentos. Afuera, el sol poniente teñía el cielo de dorado. Por un instante, pensó en Salzburgo. En las montañas. En el río. En León.

Y de repente algo le quedó claro.

Desde su regreso, solo había pensado en lo que León había hecho mal.

Nunca habló de lo que había hecho bien.

Había dicho la verdad.

No había endulzado nada.

No había puesto ninguna excusa.

Y aunque tuvo todas las oportunidades, nunca intentó manipular sus sentimientos.

El descubrimiento fue una completa sorpresa.

Quizás había estado haciendo la pregunta equivocada todo el tiempo.

No:

¿Puedo perdonarlo?

Bastante:

¿Quiero una vida sin él?

La respuesta llegó de inmediato.

Y terriblemente claro.

No.

Ella se puso de pie.

Inmediatamente.

Sin pensarlo más.

Sin dudarlo de nuevo.

Su corazón latía más rápido.

No por miedo.

Sino más bien, certeza.

Una hora después, ya estaba en el coche camino a Salzburgo.

El sol ya se había ocultado hacía rato cuando cruzó la frontera austríaca. Las calles estaban oscuras, pero Sophie se sentía extrañamente ligera. Por primera vez en años, no se alejaba del pasado.

Pero hacia algo.

Una posibilidad.

Brindemos por el futuro.

Finalmente llegó al hotel alrededor de la medianoche.

Pero cuando entró en el vestíbulo, nadie la esperaba.

La recepcionista levantó la vista sorprendida.

"¿Puedo ayudarle?"

"Estoy buscando a Leon Berger."

La joven vaciló.

Entonces ella respondió:

"El señor Berger ha dejado el trabajo hoy."

Sophie sintió que se le encogía el corazón.

"¿Qué?"

"Esta tarde."

Aquellas palabras la golpearon como un jarro de agua fría.

Demasiado tarde.

Otra vez, demasiado tarde.

"¿Sabes adónde fue?"

"Lamentablemente no."

Sophie permaneció inmóvil.

Toda esa determinación.

Toda esperanza.

Y ahora esto.

Vacío.

Pero justo cuando estaba a punto de marcharse, la recepcionista la detuvo.

"Momento."

Sophie levantó la vista.

"Dejó algo atrás."

La joven metió la mano debajo del mostrador.

Y le entregó un sobre.

Sophie reconoció la letra de inmediato.

León.

Con dedos temblorosos, abrió la carta.

Contenía una sola página.

Querida Sophie,

Si estás leyendo esta carta, probablemente significa que finalmente hice lo correcto y me fui. No porque no te ame, sino porque sí te amo. Durante diez años deseé poder cambiar el pasado. No puedo. Pero no quiero que te sientas obligado a perdonarme. No me debes nada. Ni tu tiempo. Ni tu confianza. Ni tu corazón.

Si no volvemos a vernos, solo quiero que sepas una cosa: siempre has sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

León

Sophie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Leyó la carta por segunda vez.

Luego, un tercero.

Y de repente sonrió.

Porque se dio cuenta de algo.

León volvió a asustarse.

Pero esta vez no había huido.

Esta vez lo soltó.

Y precisamente por eso sabía lo que tenía que hacer.

Ella dobló la carta con cuidado.

Entonces cogió su teléfono móvil.

Porque, por primera vez en diez años, estaba dispuesta a luchar por su amor.

No Leon.

Pero ellos.

Y en lo más profundo de su corazón, Sophie sabía que su historia aún no había terminado.

CAPÍTULO 14

Segunda oportunidad

Sophie abandonó el hotel esa misma noche. La carta yacía en el asiento del copiloto, y aunque ya se la sabía casi de memoria, su mirada volvía una y otra vez a aquellas líneas familiares. Mientras la oscura carretera se desvanecía ante sus ojos, se dio cuenta de que toda su vida había creído que el amor significaba aferrarse. Pero quizás a veces el amor también significaba dejar ir. Eso era precisamente lo que León había hecho. Por primera vez desde que se habían reencontrado, no le había exigido explicaciones, no había esperado su perdón ni había intentado persuadirla. Le había dado la libertad de decidir. Y precisamente por eso su decisión había sido de repente tan clara.

El único problema era que ella no sabía dónde estaba León.

Intentó llamarlo varias veces.

Sin respuesta.

Ella escribió mensajes.

Ninguna reacción.

Su inquietud aumentaba con cada hora que pasaba.

Al amanecer, apenas había dormido. Se sentó en un pequeño café cerca de Salzburgo y se quedó mirando su teléfono. Seguía sin aparecer nada.

Por primera vez, comprendió cómo se debió sentir León en aquel momento.

Esta sensación de impotencia.

Esta espera.

Este miedo.

Era insupportable.

Alrededor del mediodía, finalmente sonó su teléfono.

Un número desconocido.

Perdió peso inmediatamente.

"¿León?"

Un breve silencio.

Luego otra voz.

“¿Sophie?”

"¿Hannah?"

"Finalmente."

Su amiga parecía a la vez aliviada y molesta.

"¿Dónde estás?"

"En Salzburgo."

"Por supuesto que sí."

Sophie no tuvo más remedio que sonreír a pesar de todo.

"¿Me puedes ayudar?"

"¿Dónde?"

"Encuentren a León."

En el otro extremo reinaba el silencio.

Entonces Hannah dijo:

"Finalmente."

"¿Qué?"

"Por fin has dejado de engañarte a ti mismo."

Sophie negó con la cabeza sonriendo.

"¿Vas a ayudarme ahora o no?"

"Naturalmente."

Unas horas más tarde, Sophie recibió una pista. A través de conocidos en común, Hannah supo que León podría haber regresado a Baviera. Más precisamente, a un lugar que Sophie conocía demasiado bien.

Lago Starnberg.

Cuando escuchó el nombre, se quedó sin palabras por un instante.

Ahí fue donde empezó todo.

Su primer verano juntos.

Su primer beso.

El lugar donde tomó su foto favorita.

Si León realmente hubiera ido allí, eso significaría algo.

Algo importante.

Sophie no perdió el tiempo.

Partió esa misma tarde.

Durante el viaje, se puso cada vez más nerviosa. No dejaba de preguntarse qué era lo que realmente quería decir. Llevaba semanas buscando respuestas. Ahora las había encontrado. Y de repente, se quedó sin palabras.

Cuando finalmente llegó al lago, el sol ya estaba bajo en el horizonte. El agua brillaba bajo la luz dorada, y el paisaje familiar desencadenó una oleada de recuerdos.

Fue aquí donde León le dijo por primera vez que la amaba.

Allí habían hablado de su futuro.

Aquí es donde todo comenzó.

Quizás aquí también termine.

O empezar de nuevo.

Sophie aparcó el coche y caminó por el estrecho sendero que llevaba a la orilla. Su corazón latía tan rápido que casi podía oírlo.

Entonces se detuvo.

Allá.

Junto al agua.

De pie, León.

Solo.

Con vistas al lago.

Por un instante, nadie se movió.

El mundo pareció detenerse.

Diez años de dolor.

Diez años de anhelo.

Diez años perdidos.

Y ahora solo les separaban unos pocos metros.

León finalmente se fijó en ella.

Se dio la vuelta lentamente.

Su rostro reflejó inicialmente sorpresa.

Luego, la incredulidad.

"¿Sophie?"

Ella sonrió débilmente.

"Hola."

Pasaron varios segundos.

Nadie sabía qué decir.

Finalmente, León dio un paso más cerca.

"¿Cómo me encontraste?"

"Eso fue más difícil de lo que debería haber sido."

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

La primera de verdad en mucho tiempo.

"¿Qué haces aquí?"

La pregunta se formuló en voz baja.

Precavido.

Casi temeroso.

Sophie respiró hondo.

Entonces ella dijo la verdad.

"Porque estoy cansado."

León frunció el ceño.

"¿Cansado?"

"Sobre huir."

Su mirada se suavizó.

“Sophie”

"Déjame terminar."

Él asintió.

Inmediatamente.

Entonces ella continuó hablando.

Sobre los años perdidos.

Sobre la ira.

Sobre la decepción.

Sobre el dolor.

Y por último, sobre el amor.

"Intenté odiarte."

Su voz tembló ligeramente.

"De hecho, durante muchísimo tiempo."

León bajó la mirada.

"Lo sé."

"Pero nunca funcionó."

Sus palabras le hicieron alzar la vista.

Por primera vez, Sophie vio esperanza en sus ojos.

Precavido.

Esperanza frágil.

"¿Por qué?"

preguntó.

Sophie sonrió con tristeza.

"Porque una parte de mí nunca dejó de amarte."

El silencio que siguió pareció interminable.

León cerró los ojos.

Como si las palabras lo abrumaron.

"No deberías decir eso."

"¿Por qué?"

"Porque no me lo merecía."

Sophie no pudo evitar reír.

Uno corto.

Risas incrédulas.

"Tal vez no."

Su honestidad lo sorprendió.

"Pero el amor no funciona según el mérito."

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Por primera vez, no lo vio como el hombre que la había abandonado.

No como el hombre lleno de culpa.

Pero simplemente como León.

La persona a la que siempre había amado.

Con todos sus defectos.

Con todos sus miedos.

Con todas sus heridas.

"No puedo cambiar el pasado."

Su voz era áspera.

"Lo sé."

"Y no puedo devolverte esos años."

"Lo sé."

"¿Entonces por qué estás aquí?"

Sophie dio un paso más cerca.

Y luego uno más.

Hasta que solo quedó una pequeña distancia entre ellos.

"Porque no quiero pasarme los próximos diez años preguntándome qué podría haber sido."

Las palabras le afectaron visiblemente.

Él tragó.

Sus ojos brillaban.

“Sophie…”

"Hoy no te perdonaré."

Su expresión facial cambió.

Pero ella continuó hablando.

"Tal vez tampoco mañana."

Escuchó atentamente.

"La confianza no se recupera así como así."

"Lo sé."

"Pero quiero intentarlo."

Por primera vez desde su reencuentro, algo se removió en el interior de Leon.

Las paredes.

La culpa.

El miedo.

Todas las cosas que había llevado consigo durante tanto tiempo.

Sophie lo vio en su rostro.

En sus ojos.

La forma en que la miraba.

"¿Está seguro?"

preguntó.

La pregunta era sincera.

No tengo esperanzas.

No es urgente.

Simplemente honesto.

Sophie asintió.

"Sí."

Y por primera vez, ese "sí" me pareció completamente correcto.

El sol comenzó a ponerse lentamente. La luz dorada se reflejaba en el agua del lago. El momento era de quietud. Casi irreal.

"Pensaba en ti todos los días."

León dijo finalmente.

"Lo sé."

"No."

Negó con la cabeza.

"No lo entiendes."

Su voz se fue apagando.

"Todos los días."

Los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas.

"Yo también."

Eso era todo lo que se necesitaba.

En este momento no.

No todo.

León levantó la mano con cautela.

No es algo seguro.

No estoy seguro.

Como si le estuviera dando la oportunidad de retirarse.

Pero Sophie no lo hizo.

En cambio, ella le tomó la mano.

Una calidez familiar la invadió al instante.

Y de repente, los diez años que los separaban desaparecieron.

No los recuerdos.

No las heridas.

Pero la distancia.

"Lo siento."

León lo admitió.

Sophie sonrió.

"Yo también."

"¿Y si fracasamos?"

La pregunta estaba justificada.

Quizás incluso inevitable.

Pero Sophie negó lentamente con la cabeza.

"Entonces todos fracasaremos."

León rió por primera vez.

Una risa genuina.

Gratis.

Aliviado.

Y en ese momento Sophie supo que había tomado la decisión correcta.

No porque de repente todo fuera perfecto.

No porque el pasado hubiera desaparecido.

Pero porque a veces el amor significaba seguir adelante a pesar de todo.

Juntos.

Cuando el sol finalmente se ocultó tras el horizonte, se quedaron en la orilla. Hablaron largo rato. De sus miedos. De sus esperanzas. Del futuro.

Un futuro que de repente volvió a parecer posible.

No es un futuro de cuento de hadas.

No es perfecto.

Pero uno de verdad.

Con defectos.

Con cicatrices.

Con sanación.

Y por primera vez en diez años, Sophie no sintió dolor al pensar en el mañana.

Pero hay esperanza.

Porque después de todo lo que había sucedido, finalmente habían encontrado algo que ambos creían haber perdido.

Una segunda oportunidad.

Y esta vez estaban decididos a no dejarla ir.

CAPÍTULO 15

La boda que sí tuvo lugar

El invierno dio paso lentamente a la primavera, y con cada semana que pasaba, la vida se sentía un poco más fácil. No hubo un momento mágico en el que todas las heridas desaparecieran. No hubo una curación repentina. No hubo un final perfecto. En cambio, sucedió lo que sucede en la vida real: la confianza se reconstruyó paso a paso. Con cuidado. Con paciencia. Con honestidad. Sophie y León volvieron a conocerse, no como los jóvenes que habían sido diez años atrás, sino como las personas en las que se habían convertido. Personas con cicatrices, experiencias y defectos. Y quizás esa fue precisamente la razón por la que su amor fue más fuerte esta vez.

Los meses posteriores a su reencuentro en el lago Starnberg no siempre fueron fáciles. Hubo conversaciones dolorosas. Recuerdos que resurgieron repentinamente. Momentos en que Sophie se preguntó si realmente podía perdonar. Y momentos en que León creyó que no merecía una segunda oportunidad.

Pero cada vez, volvían a elegirse el uno al otro.

No por costumbre.

No poor nostalgia.

Pero deliberadamente.

Cada día.

Una noche, ya entrada la tarde, se sentaron en el balcón de Sophie en Múnich. La ciudad se extendía apacible a sus pies mientras contemplaban juntos la puesta de sol.

"¿Sigues pensando en ello a menudo?"

preguntó León de repente.

Sophie comprendió inmediatamente a qué se refería.

El día de la boda.

El día que cambió su vida.

"Sí."

León asintió.

"Yo también."

Por un instante, ambos guardaron silencio.

Entonces Sophie le tomó la mano.

"Solía pensar que este día lo había destruido todo."

Leon la miró.

"¿Y hoy?"

Ella sonrió con tristeza.

"Hoy creo que casi nos destruye."

Casi.

Esa pequeña palabra lo significó todo.

Porque todavía estaban aquí.

Todavía juntos.

Todavía listo para luchar.

León se llevó la mano a los labios.

Un pequeño gesto.

Y sin embargo, está lleno de significado.

"Gracias."

Sophie frunció el ceño.

"¿Para qué?"

"Que te hayas quedado."

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

No por dolor.

Con felicidad.

Porque ella sabía lo difícil que era para él pronunciar esas palabras.

Porque ella sabía lo que querían decir.

La primavera se convirtió en verano. Juntos regresaron a Salzburgo. No porque tuvieran que hacerlo, sino porque querían. La ciudad, antes llena de dolor, había cambiado. O tal vez habían cambiado ellos.

Volvieron a pasear a lo largo del río Salzach.

Visitaron los mismos cafés.

Caminaron por las mismas calles.

Pero esta vez todo se sentía diferente.

Encendedor.

Hombre libre.

Curador.

Una tarde, se sentaron en una terraza con vistas al casco antiguo. El sol pintaba los tejados de dorado, mientras la música llegaba hasta ellos desde un restaurante cercano.

"¿Sabes que?"

preguntó Sophie.

"¿Qué?"

"Casi me vuelves loco aquí."

León se rió.

"Esa no era mi intención."

"Por supuesto que no."

Chocaron sus copas.

Y por primera vez, pudieron hablar de su historia sin que cada recuerdo les causara dolor.

Eso no significaba que el pasado hubiera desaparecido.

Pero ella ya no controlaba su vida.

Unas semanas después, Sophie recibió una carta.

Una carta de verdad.

Escrito.

Al reconocer la letra, sonrió de inmediato.

León.

Ella abrió el sobre.

Querida Sophie,

Una vez escribí una carta que nunca envié. Durante diez años me arrepentí de ese error. Por eso te escribo una nueva hoy.

Esta vez lo enviaré.

Sophie rió suavemente.

Al mismo tiempo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ella continuó leyendo.

Hace muchos años, creía que amar significaba proteger a alguien de todo. Hoy sé que amar significa afrontar todo juntos. No puedo cambiar el pasado, pero quiero pasar mi futuro contigo.

Si estás listo, nos vemos mañana a las 6 de la tarde en el lago.

León

Sophie supo inmediatamente a qué lago se refería.

Lago Starnberg.

El lugar de su comienzo.

Y su segunda oportunidad.

A la tarde siguiente, llegó a la orilla justo antes del atardecer. El aire era cálido. El agua estaba en calma. El cielo resplandecía en tonos dorados y rosados.

Por un instante se sintió diez años más joven.

Y al mismo tiempo, más antigua que nunca.

Entonces descubrió a León.

Estaba parado en el mismo lugar que meses atrás.

Pero esta vez no parecía perdido.

No estoy ansioso.

No me siento abrumado por la culpa.

Pero con calma.

Al acercarse ella, él sonrió.

"Hola."

"Hola."

Por un instante, simplemente se miraron el uno al otro.

Entonces León metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

El corazón de Sophie comenzó a latir más rápido.

"León…"

Se rió nerviosamente.

"Déjame terminar."

Sophie sonrió.

"DE ACUERDO."

León respiró hondo.

Entonces comenzó a hablar.

No con un discurso perfecto.

No con palabras ensayadas.

Pero con honestidad.

Como siempre.

“Hace diez años no debería haber estado aquí.”

Su voz era tranquila.

"Yo debería ser tu marido."

Los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas.

"En cambio, cometí el mayor error de mi vida."

León tragó saliva.

"Desde entonces, cada día he deseado poder retroceder en el tiempo."

Hizo una breve pausa.

"Pero si hay algo que he aprendido, es esto: No se puede cambiar el pasado."

Se acercó lentamente.

"Solo tú puedes decidir qué haces con el futuro."

Entonces se arrodilló ante ella.

Sophie sintió que se le cortaba la respiración.

Por un instante, el mundo pareció detenerse.

El agua.

El viento.

Las voces en la distancia.

Todo desapareció.

Solo quedaban ellos dos.

Y este momento.

León abrió una cajita.

No había ningún anillo nuevo dentro.

Pero la misma.

El anillo que él había querido ponerle en el dedo diez años atrás.

Sophie lo reconoció de inmediato.

Y comenzó a llorar.

"Lo he conservado todos estos años."

Su voz tembló ligeramente.

"Porque nunca dejé de tener esperanza."

Las lágrimas corrían por las mejillas de Sophie.

Imparable.

“Sophie Hartmann.”

León sonrió.

Una sonrisa llena de amor.

Lleno de miedo.

Lleno de esperanza.

"¿Quieres casarte conmigo?"

Por un momento no pudo hablar.

Porque su corazón estaba demasiado lleno.

Con recuerdos.

Con dolor.

Con suerte.

Con amor.

Entonces ella asintió.

Una vez.

Dos veces.

Y finalmente, pronunció las palabras.

"Sí."

Los ojos de León se cerraron brevemente.

Como si él mismo no lo hubiera creído.

"¿Sí?"

Sophie rió entre lágrimas.

"Sí."

Esta vez, no hicieron falta más palabras.

León se puso de pie.

Y Sophie cayó en sus brazos.

Firmemente.

Indudablemente.

Sin miedo.

Sin restricciones.

El beso que siguió no fue como lo recordaba.

Él era mejor.

Porque era real.

Porque él no vivía de sueños.

Pero de todo, habían sobrevivido juntos.

Un año después, familiares y amigos se reunieron en una pequeña capilla cerca del lago.

No hubo gran celebración.

No fue un evento pomposo.

Solo las personas que eran importantes para ellos.

Y el amor que casi perdieron.

Sophie se paró frente al espejo y miró su vestido de novia.

Por un breve instante, recordó a la joven de aquella época.

La mujer que pensaba que su vida había terminado.

Ella sonrió.

Porque ahora sabía algo que aquella joven no podía haber sabido antes.

Algunas historias no terminan donde se rompe el corazón.

A veces, ahí es donde empiezan.

Cuando empezó la música, Sophie caminó lentamente por el pasillo central.

Y esta vez León la estaba esperando.

No se ha ido.

No huyó.

No se ha perdido.

Pero ahí.

Justo donde debe estar.

Sus miradas se cruzaron.

Y ambos sonrieron.

Cuando finalmente pronunciaron sus votos, no hicieron falta grandes promesas.

No hay palabras perfectas.

Solo la verdad.

"Te escojo a ti."

dijo Sophie.

A León se le llenaron los ojos de lágrimas.

"Y te elijo a ti."

respondió.

Luego le puso el anillo en el dedo.

Esta vez de verdad.

Esta vez, para siempre.

Mientras los invitados aplaudían y las campanas repicaban, la luz dorada del sol entraba a raudales por las ventanas de la pequeña capilla.

Y en ese momento Sophie supo que la vida a veces da giros inesperados.

Te quitó cosas.

Nos rompió el corazón.

Puso a prueba a la gente.

Pero a veces les devolvía algo.

No es la misma historia.

Pero uno mejor.

Una más honesta.

Uno más fuerte.

La boda que nunca se celebró por fin era cosa del pasado.

Por ahora, la boda comenzó, y efectivamente, tuvo lugar.

Y esta vez estaba exactamente donde siempre se suponía que debía estar.

Al comienzo de una vida juntos.

ACCIÓN DE GRACIAS

Toda historia comienza con una idea, pero solo cobra vida a través de las personas que creen en ella.

Mi más sincero agradecimiento a todos los lectores que se han embarcado en este viaje de amor, pérdida, esperanza y perdón. Su entusiasmo por las historias emotivas es la razón por la que libros como este pueden crearse.

Un agradecimiento especial a quienes me inspiran cada día: mi familia, mis amigos y todos aquellos que me recuerdan que, incluso en los momentos más oscuros, siempre hay luz. Su apoyo, paciencia y ánimo significan muchísimo para mí.

Esta historia también es para todos aquellos que alguna vez han sufrido una decepción amorosa. Para quienes se han preguntado qué podría haber sido. Para quienes tuvieron que decir adiós aun cuando seguían amando. Y para todos aquellos que encontraron el valor para seguir adelante a pesar de las heridas.

"La boda que nunca se celebró"Habla de segundas oportunidades. De errores que nos moldean. De personas que se pierden y se reencuentran. Y de la esperanza de que el verdadero amor a veces requiere un camino más largo para alcanzar su meta.

Gracias por acompañar a Sophie y León en su viaje.

Que esta historia te recuerde que algunos corazones nunca pierden la esperanza, y que algunas historias de amor comienzan justo cuando crees que ya han terminado.